EL TEATRO.
COLECCION DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

GRAZALEMA,

DRAMA HISTÓRICO

EN TRES ACTOS, ORIGINAL Y EN VERSO

DE

DON LUIS DE EGUILAZ.

QUINTA EDICION.

MADRID.
HIJOS DE A. GULLON, EDITORES.
OFICINAS: POZAS—2—2.°
1880.

AUMENTO Á LA ADICION DE 1.° DE MARZO DE 1880.

TÍTULOS.	Actos.	AUTORES.	Prop. que corresponde
		COMEDIAS.	
El reservado de Señoras	1	D. José de Fuentes	Todo.
Escurrir el bulto	1	Miguel Echegaray	»
La vision de Fray Martin	1	G. Nuñez de Arce	»
Por un ángel	1	E. Jackson Cortés	»
Salir de Málaga	1	José de Fuentes	Mitad.
Seguros contra incendios	1	Gaspar Marqués	»
Un buen apunte	1	Eduardo Malvar	Todo.
Último adios	1	Eusebio Blasco	»
Yo me entiendo y bailo solo	1	Juan García	»
El regalo de boda	2	Sres. Eduardo y José Jackson	»
Tribunales de venganza	2	R. de A. de Laiglesia	»
Administracion pública	3	Enrique Gaspar	»
Angel	3	F. Javier Santero	»
Carrera de obstáculos	3	Ceferino Palencia	»
Dios!— Justicia! y ¡Germanía!	3	Eduardo Sojo	»
La fuerza de un niño	3	Miguel Echegaray	»

GRAZALEMA.

GRAZALEMA,

DRAMA HISTÓRICO EN TRES ACTOS, ORIGINAL Y EN VERSO

DE

DON LUIS DE EGUILAZ.

Representado por primera vez en el Teatro del PRINCIPE á 30 de Mayo de 1857, en el beneficio de la primera actriz Doña Cándida Dardalla, para el que fué expresamente escrito.

QUINTA EDICION.

MADRID.

IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.

1880.

Á LA MEMORIA

DEL SABIO POETA Y VENERABLE SACERDOTE

D. JUAN MARÍA CAPITAN.

Cuando por vez última sali de Jerez, oh maestro mio, tu docta y santa palabra sonó en mis oidos hasta el instante en que abandoné mi hermoso pueblo adoptivo. Tres años son pasados y aún me parece que te veo, aún me parece que te escucho. Ay! Ya no volveré á verte ni á escucharte.

En los momentos en que escribo me dispongo á volver á nuestro delicioso país. Mi corazon está henchido de alegría, porque despues de tan larga ausencia voy á abrazar á mi madre y á mis hermanos, voy á recorrer los alegres campos de Jerez y la risueña playa de Sanlúcar, recuerdos vivos de aquella dichosa edad en que áun yo no sabía lo que son las amarguras de la vida. Sin embargo, á esta alegría se mezcla una pena. Llegaré á nuestro Instituto; atravesaré los dos patios, llenos de una bulliciosa juventud que jugará como jugaba yo cuando era niño; llamaré á la puerta de tu habitacion; nadie me dirá «entra, hijo mio;» nadie contestará á mi llamada; acaso un extraño la abrirá. Preguntaré á mis compañeros: ellos con las lágrimas en los ojos me llevarán al cementerio; me mostrarán una tumba.

. . . .

Me dirijo á tí como si estuvieses vivo y pudieras oirme. Sí, tú me ves; tú me escuchas desde el cielo donde moras. Aún puedo hablar contigo, maestro mio.

En uno de tus últimos cantos decias:

¡Cuitas despues y lágrimas ahogadas!
No más preguntas de mi negra historia.
Presto serán sus páginas borradas
sin un verso, una flor, una memoria.

Yo no tendré versos para tí, que de tí no son dignos los mios. ¿Pero memorias? ¿Cuándo te olvidará tu discípulo más querido y el que más te quería? ¿Una flor? Yo tengo coronas, arrancadas al público con tus consejos, con lo que me has enseñado, coronas que son tuyas. Sí, maestro; yo iré á poner laureles sobre tu tumba de poeta, laureles refrescados con el rocio de mis ojos.

Maestro, desde el cielo donde eternamente vives, vela por mí.

Aprobada por la censura vigente el 22 de Mayo de 1857.

PERSONAJES.	ACTORES.
TAIRA	Sra. D.ª Cándida Dardalla.
SENSA	Sra. D.ª Concepcion Sampelayo.
LULÚ	Srta. D.ª Josefa Gorriche.
MUHAMAD	Sr. D Manuel Ossorio.
OMAR	Sr. D. Antonio Zamora.
ABDALA	Sr. D. Antonio Bermonet.
ISMAIL	Sr. D. Emilio Mario.
OSMIN	Sr. D. Francisco Pardo.

Un Soldado, un Alfakí, un Muftí, Mexeguares, Jeques, Walíes, Naives, Algazares, Soldados, Esclavas, Doncellas, Pueblo, etc.

---

461 de la Hegira. — 1069 de Cristo.

El primer acto en la Serranía de Ronda, los restantes en Sevilla.

Puesta en escena por D. Diego Luque.	La música de D. Luis Cepeda.	Las decoraciones de D. Manuel Dardalla.	Los figurines de D. Manuel Castellano.

ACTO PRIMERO.

Sitio agreste y pintoresco en las inmediaciones de Ronda. La escena está rodeada de altas y negruzcas peñas, que á manera de anfiteatro ciñen el escenario, dejando sólo en el centro una calle tajada en las rocas; la cual da paso y vista á un estenso y ameno valle, en medio del cual se verá una aldea árabe. En primer término, á la izquierda, una fachada de fortaleza árabe primitivo, colocada casi frente al público: á la derecha dos veredas abiertas en las rocas, que conducen á la parte superior de la peñas que circundan aquel lado. En el centro una senda por la que se baja al valle. Varios grupos de palmeras en los primeros términos; en cuatro de estas está sujeta una rica tela oriental en forma de dosel, y debajo algunos almohadones, cubiertos de ricas telas listadas de vivísimos colores. Un arroyo cruza la escena, cuyas orillas están cubiertas de aldelfas, lilas y lirios silvestres, que figura precipitarse al valle. Empieza á salir el sol iluminando el fondo, al que comunica un tinte rosado y vaporoso, que contrasta con el oscuro de los primeros términos; el piso cubierto de tomillo, palmitos y madroñeras.

ESCENA PRIMERA.

MUHAMAD, ABDALA, naives, algazares. El primero aparece sentado debajo del dosel que está á la derecha. Abdala en el centro, de pie, y los demas hácia la izquierda, tambie de pie. Pausa.

MUHAM. Escucha.

ABD. ¿Pensaste? (Respetuoso.)
MUHAM. Sí.
ABD. Tus siervos somos. Muhamad. (Inclinándose.)
MUHAM. ¡Que Carmona, esa ciudad
alza pendon contra mí!
ABD. Rebelde la plebe inquieta (Con ira.)
por el de Ecija, que aclama,
manda hacer chotba en la aljama.
MUHAM. ¡Cuerpo del santo profeta!
¡Vamos á esa tierra impía! (Levantándose.)
ABD. ¡Tú!
MUHAM. ¡Por mis goces eternos! (Furioso.)
Nieve de setenta inviernos
derrite el sol de este dia.
Hierve mi sangre enojada,
que nunca sufrió baldon;
y al compás del corazon
salta en su vaina mi espada.
Abdala, á Córdoba parte.
—Juntad mis gentes, corred.
(Á los capitanes ó naives.)
—Acero de Aben Abed,
tú necesitas bañarte. (Á su espada.)
ABD. Pero, gran señor...
MUHAM. Perdona (Sin escucharle.)
que pálido te guardaran.
Rojo baño te preparan
cien gargantas en Carmona;
y si hoy tu color te humilla,
tan otro mañana habrás,
que digno acero serás
del viejo rey de Sevilla.
—Abdala.
ABD. Somos tu grey
que espera tu acento grato:
tu menor gesto es mandato;
tu régia palabra, ley.
Tu voz, que causa desmayo,
es el trueno; cuando zumba,
cuando irritada retumba,
los aires desgarra el rayo.
Habla pues: tus paladines

ya ensillaron sus corceles;
eres señor de los fieles,
eres rey de los muslines.
Habla: quien tras tí no va,
quien te ofende y no respeta,
ofende al santo profeta
y es maldecido de Alá.

MUHAM. (Con calma forzada.)
¿Los rebeldes muchos son?

ABD. Pocos.

MUHAM. ¿Háilos de valía?

ABD. Es gente toda baldía
(Con desprecio.)
y de humilde condicion.

MUHAM. ¿Cuántos por mí podrán ir
á esta guerra?

ABD. ¿Eso te apena?
Reduce á cuenta la arena
que arrastra Guadalquivir;
la de las estrellas toma,
y sabrás de esa manera
cuántos siguen tu bandera
en la guerra de *Carkmoma*.

MUHAM. Bien: tú mis pendones iza
y por mí rige mi grey,
que no es bien que salga un rey
contra gente allegadiza. (Con desprecio.)
—Naives, hasta la entrega (Con furia.)
de los viles sublevados,
no quede un toro en sus prados
ni una palmera en su vega.
Que pague *Carkmoma* cara
la torpe llama en que arde;
una tala cada tarde,
cada mañana una algara.
Rueden sus torres altivas,
espanto de los zenetes;
queden de sus minaretes
sólo las memorias vivas.

TODOS. ¡Sí!

MUHAM. (Con ferocidad.)
Vuestros serán sus bienes,

sus galas y vestiduras:
sus esquivas hermosuras
poblarán vuestros harenes.

TODOS. ¡Gualá! (Con salvaje alegría.)

MUHAM. (En el mismo tono.)
Soy buen soberano,
y doy aunque no pidais:
En cuanto á los que cojais (Con más fuerza.
con las armas en la mano...
Las costumbres veneradas (Reprimiéndose.)
del reino alterar no quiero:
Idos. En Sevilla espero
mil cabezas canforadas!

(Vánse por el fondo los naives y algazares, descendiendo al valle. Durante la primera parte de la escena siguiente se verán cruzar por todas partes soldados y esclavos haciendo aprestos para la guerra.)

ESCENA II.

MUHAMAD, ABDALA.

MUHAM. (Sonriendo y dirigiéndose á Abdala.)
Al compás de sus lelíes
verás cómo el cuello doma.
Quédate!—¡Oh, bella Carkmoma, (Para sí.)
dulce hourí de los houríes! (Con dulzura.)
Mi ciudad, tan alto subes
que tocas el horizonte:
posan tus piés sobre un monte;
toca tu frente las nubes;
pisas sobre alfombras bellas
de floridos naranjales;
tus cabellos, sin rivales,
llevan por perlas estrellas!
¡Oh, mi ciudad! ¡Oh, Carkmoma, (Extasiado.)
delicias de Andalucía;
eres, bella ciudad mia,
cándida y gentil paloma
que el cielo volando escalas...

Mas tanto amo tu hermosura... (Transicion.)
que por tenerte segura
voy á cortarte las alas.

ABD. ¿Cide?

MUHAM. (Con voz fuerte y volviéndose con rapidez.)
¿Qué?

ABD. Si por conciertos
la altiva ciudad se toma,
¿qué hacemos?

MUHAM. Deja á Carkmoma.
No hablemos más de los muertos.
—¡Ah! se me olvidaba. Encarga
(Con voz dulce.)
á mi sobrino Ismail,
mozo de ingenio sutil,
que haga una casída larga
en versos limpios y tersos
á esta tu nueva proeza.
Yo no tengo la cabeza
para ocuparme de versos.
Y régios los merecía
el fiel walí que me endona
ciudades como Carmona.
Pero á la mejor poesía
roban los años el brillo.
—Dí á mi arquitecto Aben-Azar
que hemos de hacer un alcázar
en el solar del castillo.
Que ponga al trabajo manos
y cuente con lo que olvida,
que Taira, mi hija querida,
ha de aprobarle los planos;
y ya sabe que es el lema
de esa flor de Andalucía,
que en artes y en poesía
reina Taira Grazalema.

ABD. ¿Tú tambien le vas á dar
de Grazalema el renombre?

MUHAM. De ese aldea tomó el nombre
este encantado alijar,
donde entre fuentes y flores,
de la córte retirado,

vive ese fruto preciado
del vergel de mis amores.
Tal nombre llevó hasta el dia,
que se lo robó por lindo
ese gentil tamarindo
que tengo por hija mia.

ABD. Si es dado á un siervo inquirir
lo que trata su señor...

MUHAM. Pregunta

ABD. Yahye Almanzor,
—que ahora acaba de subir
al trono de Algarbe—piensa
seguir ese hermoso norte,
que por algo está en tu córte
su madre la reina Sensa.

MUHAM. Es así.

ABD. Y la luz del dia
¿irá á alumbrar otro centro?

MUHAM. (En tono confidencial.)
Escucha, Abdala; me encuentro
en guerra con Almería:
dánmela á la par Granada
con Málaga y con Toledo;
y aunque no me ponen miedo
(que á mí no me aterra nada,
(Exaltándose por momentos.)
mientras me quede un adarbe
donde hallar reposo eterno),
me es fuerza tomar por yerno
al bravo rey del Algarbe.
Con él vencedor soy ya
y España entera derrumbo:
si está contra mí, sucumbo.
Mi hija es suya. ¡Escrito está!

ABD. Y Taira se persuade?...

MUHAM. Aún resta ese duro paso.
No le he dicho que la caso, (Con embarazo.)
que temo que se me enfade.

ABD. ¿Y has de separarte de ella?

MUHAM. (Con rapidez.) Ántes todo mal me abrume.
Yo necesito el perfume (Con cariño.)
de esa flor pálida y bella,

como su boca la risa
que un beso á la mia arranca,
como la azucena blanca
los arrullos de la brisa.
Nunca: casada ó doncella,
no se apartará de mí:
si al de Algarbe place así
case en buen hora con ella,
y enrédela en los anillos
de cadena lisonjera.
¡Más llevarla! Antes le diera (Con energía.)
mis veinticinco castillos,
este soberbio alijar
y el mar que en Huelva se agita;
de Córdoba... la mezquita,
y de Esbilia el alminar!

ABD. Si es tu voluntad...

MUHAM. Abdala,
de esa hourí con el cariño
el viejo se torna en niño.
Pero mi Taira está mala. (Con dolor.)
Mis pobres ojos la ven
siempre con la muerte en lidia.
El profeta me la envidia
para gala de su eden. (Con amargura.)
—No es fresca rosa de Fez
ni lozano nardo sirio,
es de Damanhur el lirio, (Muy conmovido.)
bello por su palidez.
Su existencia se evapora
al soplo del mal airado,
como el aroma preciado
de la fragante alcanfora.
¡Sólo yo! sólo mi amor
detiene su triste suerte,
que huye el frio de la muerte,
de mis besos al calor. (Con fuego.)
¡Arrancármela! ¿Y quién, dí,
quién hacer podrá que viva
su alma en su cuerpo cautiva
si la separan de mí?
¿Su esposo? Aunque bien le cuadre

ni lo espero ni lo pido.
Puede haber más de un marido;
como un Dios, sólo hay un padre.

ABD. (Al verle conmoverse por momentos.)
¡Muhamad!

MUHAM. (Mirando á todas partes.)
Estoy sin testigos.

ABD. Estás delante de tí (Con rapidez y energía.)
que eres más que nadie.

MUHAM. Sí.

ABD. Piensa...

MUHAM. (Con fiereza.) ¿En qué?

ABD. En tus enemigos.
Si se atreven á tu grey (Con fuerza.)
sin que el hierro les taladre
es que te ven solo padre.

MUHAM. ¡Gualahoma! Veránme rey.
(Con rabia.)
Ántes que la triste adona
diez veces la noche alumbre,
sólo polvo habrá en la cumbre
donde hoy se asienta Carmona!
Oye. Iré á ver los escombros
de esa salvaje belleza.
Oye más. Si una cabeza
(En voz baja, pero con mucha fuerza.)
queda en los rebeldes hombros,
sin que tu lealtad arguya
ni me venza tu heroismo,
con esta espada, yo mismo
sabré cercenar la tuya.

ABD. Cid!...

MUHAM. Que el ángel Azrael
tenga presa. No hay piedad.
Yo soy el viejo Muhamad
que apellidan el cruel.
Aún se encierra aquí el veneno
de un árabe berewí.
En Sevilla hay alfolí;
lleva sal; siembra el terreno.
Si sin resistir se entrega
no importa; nada me digas.

Los rebeldes son espigas;
hoz tienes al cinto, siega!
(Taira habrá aparecido momentos ántes en la puerta de la izquierda: sube corriendo al adarve del alijar, en donde sin ver á su padre da un beso á una paloma blanca que trae en la mano y la deja volar. La paloma lleva una carta al cuello. Taira baja corriendo la rampa que da salida al palacio, ve á su padre y escucha sus últimas palabras.)

ESCENA III.

MUHAMAD, ABDALA, TAIRA.

TAIRA. (Con gracejo infantil.)
¡Dichoso agüero que llena
de alegría el pecho mio!
¡salgo á ver el sol naciente
y dan mis ojos contigo!
Si alguno de tus walíes,
padre y señor, tiene un hijo
á quien poner nombre, dile
que hoy mismo mate el novillo,
que es dia de buenas fadas
y Dios se muestra propicio.
El sol está claro, el aire
aromatizado y tibio,
las tiernas flores cubiertas
de trasparente rocío,
alondras y chamaríes
lanzan al viento sus trinos.
Todo está alegre y risueño!
¿Cómo estás tú, padre mio?
(Cambiando rápidamente de entonacion y con mucho cariño y zalamería.)
MUHAM. Como quien tras de la noche
ve el sol en todo su brillo.
Tus palabras, Taira mia,
son dulces á mis oidos
cual la leche de camella
al sediento peregrino.
TAIRA. ¿Abdala? (Reparando en él.)

ABD. (Respetuoso.) Llámame esclavo.
TAIRA. ¿Tan solos en este sitio? (Con extrañaza.)
Algo de malo tramais.
MUAHM. No imagines... (Como temeroso.)
TAIRA. (Con sentimiento.) No imagino.
Órdenes de horror y muerte
dictar há poco te he oido.
¿Contra quién? ¿Callas? Abdala,
quiero saberlo. (Con imperio.)
ABD. (Dudoso.) Yo...
MUAHM. Dilo.
ABD. Los rebeldes de Carkmoma...
TAIRA. ¿Rebeldes? (Sorprendida.)
ABD. Piden castigo.
MUHAM. Parte, ¡Abdala! sus cabezas (Con fiereza.)
ó la tuya necesito.
ABD. Contigo Alá quede.
TAIRA. (Con rapidez.) Aguarda.
ABD. ¿Señor? (Dudoso.)
MUHAM. (Bruscamente.) Que aguardes te ha dicho.
Qué querías? (Á Taira con dulzura.)
TAIRA. (Pensativa.) ¡Sus cabezas!
MUHAM. En mis jardines y libros, (Con severidad.)
en mi tesoro y mi alcázar,
reinar puedes á tu arbitrio.
En Córdoba y en Sevilla
reino yo.
TAIRA. (Con tono de niña mimada.)
Muy fronterizo
está tu estado á mi estado,
que yo reino en tí.—Es preciso (Suplicante.)
que vivan. Ese será
su más severo castigo.
MUHAM. ¡Taira! ¡Taira! (Dudoso.)
TAIRA. (Con elevacion.) Sé magnánimo.
No hagas nunca, padre mio,
del criminal un cadáver,
haz siempre un arrepentido.
Mas vencedor así quedas, (En tono ligero.)
que te vences á tí mismo.
MUHAM. ¡Taira! (Huyendo su mirada.)
TAIRA. Mírame.

MUHAM. (Á Abdala con entereza.) No mates.
Lleva cadenas y grillos
y esclavos sean.
TAIRA. (Con dolor.) ¡Esclavos!
MUHAM. (Á Abdala.) Parte. (Con energía.)
TAIRA. Aguarda: El matutino
viento te hace daño aquí. (Con solicitud.)
MUHAM. Pero...
TAIRA. Tambien siento frio,
(Apartándole de Abdala.)
y hoy mi pobre pecho sufre.
MUHAM. Ven. (La conduce bajo el dosel.)
TAIRA. Qué bueno Alá te hizo.
Qué bien dice á ese tu rostro
que mil planteados hilos
hacen santo y venerable
esa expresion de cariño!
¡Ay, mira, cuando te enojas
toman tus ojos un brillo
tan salvaje... me das miedo,
y el pecho siento oprimido!
MUHAM. ¿No estás mejor? (Con inquietud.)
TAIRA. Ahora sí.
Siéntate. ¿Conque cautivos? (Con pena.)
MUHAM. (Como disculpándose.)
Es fuerza, se me rebelan,
me niegan el señorío.
TAIRA. Muy mal hecho. Mas consiste...
en que no soy tu ministro.
MUHAM. ¡Taira! (Riendo.)
TAIRA. Llámame hija mia. (Acariciándolo.)
—Ignoran que eres benigno
porque tu hagid en tu nombre
los oprime. Padre mio,
quizá entre esos desdichados
los habrá que tengan hijos, (Muy conmovida.)
¡quizá morirá una Taira
al ver su padre cautivo!
MUHAM. ¡Taira mia! Abdala?... (Con rapidez.)
ABD. ¿Cide?
MUHAM. La libertad no les quito:
tan sólo los bienes. Parte.

TAIRA. (Con rapidez al ver que va á partir.)
¿Abdala? Con el rocío
húmeda está la almohada.
Dame esotra.—Te has reido (Á su padre.)
porque tu hagid quiero ser.
MUHAM. ¿Darás en ese capricho?
TAIRA. Gracias, Abdala.—Sí.—Espera;
quiero tener un testigo.
ABD. ¿Cide?
MUAHM. (Con imperio.) Te ha dicho que esperes.
ABD. Como espera tu servicio...
TAIRA. ¡Qué prisa tienes!
ABD. ¡Yo!...
TAIRA. (Á Muhamad.) Vamos,
¿me das el mando que pido?
Es sólo por un minuto.
No temas. No te arruino.
No voy á abrir á los pobres
la torre del Oro. Si hizo
tal yerro mi inexperiencia,
por dar á la peste alivio,
fué allá en la luna dilagia,
ahora es jiumada, van cinco:
era yo muy niña entónces;
mas hoy el caso es distinto,
que en cinco lunas me he hecho
mujer de muy buen sentido.
Ea, un minuto. No temas,
(Con ligereza infantil.)
que he de hacer muy buen ministro.
MUHAM. Sea. (Sonriéndose.)
TAIRA. Toma en pago. (Lo besa.) ¿Abdala?
ABD. ¿Taira?
TAIRA. (Con gravedad cómica.)
Ven, bravo caudillo.
—Solo y sin armas, irás
á los de Carkmoma hoy mismo.
«Me envía Muhamad el grande,
el que nunca fué vencido,»
les dirás—«de sus vasallos
padre el rey siempre ser quiso.
Los brazos abiertos tiene

para en ellos recibiros:
si á sus brazos no vais todos
llorando vuestro delito,
ese rey será el buen padre,
vosotros los malos hijos.»

ABD. ¡Bien está! (Sonriéndose.)

MUHAM. (Con imperio.) Con eso, marcha.

ABD. ¿Marcho? (Á Taira dudoso.)

TAIRA. (Con rapidez.) ¿Padre no lo ha dicho?
Pues á quién si no á él, todos
aquí acatamos sumisos. (Con sencillez cómica.)
(Saluda Abdala y váse por la senda escarpada de la derecha.)

ESCENA IV.

MUHAMAD, TAIRA.

MUHAM. (Con arrobamiento.)
Te quiero, oh robada hourí
de las mansiones eternas,
porque sólo frases tiernas
de tu dulce boca oí.
Eres el blanco clavel,
que dó quier perfumes deja.
eres la inocente abeja
que sólo sabe hacer miel.

TAIRA. Elogia al Dios Creador
que dotó á su criatura:
la mujer es la dulzura,
como el hombre es el valor.
Pero no hablemos así: (Con ligereza.)
nos hemos formalizado.
Escucha: hoy me he levantado (Tono infantil.)
á la hora de azobí.
Ví el sol: bella es su diadema; (Con elevacion.
bello su rayo; mas nada,
prefiero el de tu mirada
porque calienta y no quema.

MUHAM. Es viejo el tigre español (Con cariño.)
y las garras le has cortado.

TAIRA. ¿Tú tigre?
MUHAM. (Riendo.) Domesticado.
TAIRA. Para Taira eres el sol.
MUHAM. ¡Hija! ¡Oh! tu mano está fria.
(La mira y al tocarle las manos se estremece, y lleno de sobresalto la examina.)
TAIRA. ¿Y qué importa?
MUHAM. (Sobresaltado.) ¿Ignoras tú
lo que mi sabio Aben-Bú
dice de tí, Taira mia?
que agravas tu mal insano
vagando por estas selvas;
que es fuerza que á habitar vuelvas
la córte del rey cristiano.
TAIRA. ¿Otra vez Búrgos? (Sobrecogida.)
MUHAM. No, no.
—Aún su frase aquí me hiere,
«Ó va á Castilla ó se muere»
dijo el sabio. Estaba yo
con Castilla en guerra: «haz
tu gusto» dijo á su rey,
«písame, ponme la ley;
yo necesito la paz.»
Partiste; á tu padecer
en Búrgos remedio hallaste,
negra mi barba dejaste,
blanca la viste al volver.
TAIRA. ¡Padre!
MUHAM. ¡Oh mi Taira! Procura
de mi médico observar
los preceptos. Si dejar
no quieres en noche oscura.
á este triste y pobre anciano
que en tí su eden piensa ver,
haz, Taira, por no volver
á la córte del cristiano.
TAIRA. No.
MUHAM. Casída, hija querida
(Sombrío, llevándola á otro sitio y con tono narratorio.)
de Dylnun, rey de Toledo,
—de pensarlo tengo miedo,

al par que tú, conducida
fué á Búrgos, ¡esa ciudad!
niña, en la flor de sus años,
por curar en unos baños
cierta horrible enfermedad.
Hoy en desesperacion
vive Dylnun sepultado:
su hija en Búrgos ha olvidado
padre, patria y religion.

TAIRA. (¡Gran Dios!)
(Sin mover una sola fibra del rostro, y entre dientes con voz apenas perceptible.)

MUHAM. (Con desesperacion.) Si de tí supiera
eso al final de mis ideas...
Mas... ¡Dios es grande!

TAIRA. ¿Qué harías?
(Con espanto y temblorosa.)

MUHAM. ¡Te matara!... y me muriera.

ESCENA V.

TAIRA, MUHAMAD, SENSA, OSMIN, LULÚ, ESCLAVAS.

Sensa sale del palacio: la siguen dos esclavas con grandes y ricos abanicos de plumas, un esclavo con un quitasol y otras esclavas con trampas de caza de forma caprichosa. Osmin á su izquierda y Lulú á su derecha, trayendo una bandeja con un gracioso y rico cestito de plata ú oro y dentro una dulcera en la que hay frutas en almíbar y un punzon de oro para cogerlas. Los dos primeros versos los dice dentro.

SENSA. Sevilla es grande, Lulú,
en paz, en guerra feroz. (Salen.)
Mas créeme: en Badalayoz
hacen mejor alajú.
—¿No es así, Osmin?

OSMIN. Es verdad.
(Haciendo una cortesía y con gravedad cómica.)

MUHAM. (Saludando.) ¡Reina de Algarbe discreta!...

SENSA. (Con mucha compostura y estiramiento.)

Que Alá y el santo profeta
guarden al noble Muhamad.

MUHAM. ¿Taira?
(Indicándole que salude á Sensa.)

TAIRA. ¡Reina!...

SENSA. Hermana. ¡Así,
no hija, te diré, sultana,
que el dulce nombre de hermana
da más confianza.—¿Eh? (Á Osmin.)

OSMIN. Sí.

SENSA. Mi reino... es de lo mejor. (Escuchándose.)
Tiene frutos sazonados,
muchos y ¡hermosos! soldados,
aves de grato... sabor,
peces que son maravillas,
vinos del color de estrellas,
esclavos... ¡de formas bellas!
que me sirven de rodillas.
Mas con todo, ese mi estado
—¡á que Alá su brillo presta!—
te envidia una joya, esta. (Por Taira.)

OSMIN. Es verdad. (Devorando á Taira con la vista.)

SENSA. No he preguntado. (Con sequedad.)

MUHAM. Algarbe te ha visto mal
si á Sevilla envidia toma.
Taira es la dulce paloma,
Sensa el águila real.

SENSA. ¿Esclava?
(Apartando la vista de Muhamad como ruborizada y dirigiéndose á Lulú.)

LULÚ. ¿Gran reina? (Acércase.)

SENSA. Llega.
—Son confites de Mengibar (Á Muhamad.)
llenos del sabroso almíbar
en que el pérsico se anega.
(Todo recalcado y con mucha afeccion.)
Prefiero su grato azúcar
que fragante olor arroja,
al de la ciruela roja
que produce tu Solucar.
(Tomando uno con el punzon y ofreciéndoselo.)
Mira, su dorado brillo

dulce al paladar convida.
(Con entonacion muy elevada y cambiando al tono familiar.)
Entre comida y comida
suelo apurar un cestillo.

OSMIN. Cierto.

SENSA. (Al rey.) Tu hospitalidad
es digna, oh, rey de Sevilla,
por lo espléndida y sencilla,
de un califa de Bagdad.

MUHAM. Pláceme haber complacido
á quien pretendo agradar;
pláceme que el buen Omar
haya tu gusto servido.

TAIRA. Omar es buen servidor. (Con orgullo.)

SENSA. ¡Y muy gallardo doncel!
Dale su negro alquicel
un aire... de encantador.
(Con desvanecimiento.)

TAIRA. ¡Cierto! cuando el viento inunda
(Con mucho fuego.)
con sus pliegues, suelto el broche,
es el ángel de la noche
que opaca nube circunda.

SENSA. Cuando en el nombre de Alá,
de quien todo los fiamos, (Á Taira.)
juntas á Algarbe partamos,
él con nosotras vendrá.

TAIRA. ¡Partir! (Corriendo háeia su padre.)

MUHAM. (Á Sensa) (Oh!) (¡Silencio!)

SENSA. ¿Qué?
¿Ignora la dicha rara (Escandalizada.)
que el profeta la prepara?
Crueldad callarlo es á fé.
Taira, la amorosa copa
llena en mi alcázar te aguarda.
Gentil palmera gallarda,
bien puedes erguir la copa.
Saca tus trajes más bellos,
tu ceñidor más extraño,
perfuma de azahar tu baño,
con perlas en tus cabellos.

Tórtola, tu cazador
te brinda más blando nido.
Alhelí, mi hijo querido,
su jardin abre á tu amor.

TAIRA. ¡Padre!

MUHAM. ¡Calla! (¡Por Alá!)

SENSA. ¿Qué es esto?
(Á Osmin que se encoge de hombros.)

MUHAM. (¡Si no mirara!)
No llores. (Á Taira.)

SENSA. ¡Cosa más rara!
¿Osmin, comprendes?

OSMIN. ¡Yo!...

TAIRA. (Llorando.) (¡Ah!
¡Pobre Omar!)

MUHAM. Perdona, Sensa.
Aún no sabe del amor
y la sorpresa, el rubor...

SENSA. Cierto! cuando no se piensa
en tanta felicidad...
Todas hemos sido así. (Suspirando.)
Yo tambien me sorprendí
cuando mi esposo...

OSMIN. Es verdad.
(Miradas de Sensa á Osmin de cuando en cuando.)

SENSA. Llévala; que en su retiro
dé rienda suelta al contento,
que pueda lanzar al viento
el amoroso suspiro.

TAIRA. ¡Padre mio!

MUHAM. ¿Te vas?
(Al ver que hace una seña á sus esclavas.)

SENSA. Sí.
Pláceme en esta hechicera
hora de azala primera,
que llamamos de azobí,
bajo la enramada espesa
lazos poniendo en las fuentes,
cazar aves inocentes
que honro despues... en mi mesa.

MUHAM. Alá te guarde. (Con furia comprimida.)

SENSA. Él agrande

las fronteras de tu estado.
MUHAM. (¡La hacen mal y no he matado!
¡Dios es grande! ¡Dios es grande!)
(Sensa y su séquito desaparecen por la senda de la derecha.)

ESCENA VI.

MUHAMAD, TAIRA.

TAIRA. ¡Ah!
MUHAM. ¡Taira! (Secamente.)
TAIRA. Taira se muere.
MUHAM. ¡Hija! (Conmovido.)
TAIRA. ¿Cedes? (Con mucho cariño.)
MUHAM. (Con dolor.) No. Es forzoso.
Almanzor será tu esposo.
Está escrito. Alá lo quiere. (Con solemnidad.)
TAIRA. Padre, el mi padre, esa union
hace mi pecho pedazos.
Dame consuelo en tus brazos.
MUHAM. ¡Hija! ténme compasion!
TAIRA. Mira, padre, ¿no es verdad
que tú no quieres mi muerte?
¿No es verdad que á conmoverte
empieza ya mi ansiedad?
Habla. No: tú no has pensado
causarme eternos enojos.
¡Una lágrima en tus ojos!
Gracias, Dios mio, he triunfado.
MUHAM. No, yo no me he conmovido;
en mí no hay debilidad.
¿Quién ha dicho que Muhamad,
una lágrima ha vertido?
TAIRA. ¿Mas cedes?
MUHAM. (Con dolor profundo) Tuyo es mi amor,
tuyos mi gloria y mi estado,
Taira, no soy yo, es el hado
quien te hace ser de Almanzor!
TAIRA. ¡Oh!
MURAM. Mas no te apartarás
del que á tí su orgullo humilla,

en Algarbe y en Sevilla
mandarás, ¡perdonarás!
Vamos, vuelva la alegría
á animar tu eden hermoso.
No me ruegues: es forzoso:
salva á tu patria, hija mia.

TAIRA. (Resuelta.) No puedo; ántes moriré.

MUHAM. ¡Rayo de Alá soberano!
No está aplacerte en mi mano; (Transicion.)
aunque quiera no podré.

TAIRA. Pues bien, prepara esa union,
(Con voz ahogada.)
haz de mí lo que te cuadre;
mas abre mi tumba.

MUHAM. ¡Oh!

TAIRA. ¡Padre!

MUHAM. ¡Hija de mi corazon!
(Estrechándola en sus brazos.)

ESCENA VII.

TAIRA, MUHAMAD, ABDALA.

ABD. Señor...
(Sale precipitadamente y se detiene respetuoso al verlos abrazados.)

MUHAM. ¿Qué quieres?
(Con faz terrible y tratando de dominarse.)

ABD. Salvarte, emir.
(Sin atreverse á hablar; verso á verso, y consultando la fisonomía del rey, que se descompone por momentos.)
Una galera
almorabí
cruza las costas
de tu país.
—Rendirse trata
Gebal-Tarif.
(Los dos versos anteriores con resolucion.)

MUHAM. ¡Rayo y veneno! (Fuera de sí.)

TAIRA. ¡Padre! (Aterrada y conteniéndole.)

MUHAM. Habla, dí.

(Tratando de dominarse y riendo con amargura.)

ABD. Nueva al saberse
tan infeliz,
ruge en Sevilla
fiero motin.

(Sin atreverse á decirlo.)

MUHAM. ¿Quiénes lo mueven? (Arranque de cólera.)

ABD. Aben-Said.

MUHAM. (Con rapidez y energía.)
¡Muera! (Con frialdad aparente.)

ABD. Abul-Zaide.

MUHAM. ¡Muera! (Con rapidez y energía.)

ABD. El Fakí.

MUHAM. ¡Muera! (Colérico.)

ABD. Asen-Bila.

MUHAM. ¡Veneno vil!

(Risa sarcástica y con placer.)
su vida acabe.

ABD. Razi el wacir.

MUHAM. Que en una lanza
su hijo el walí

(Con satisfaccion y regocijo feroz.)
su vil cabeza
pasee.

ABD. Cid, (Con amargura.)
¡siervos ser quieren
de Lamtuní
que África doma!

TAIRA. ¡Padre!

(Al oirlo Muhamad da un paso fuera de sí, poniendo la mano á la espada, y Taira aterrada lo contiene.)

MUHAM. (Por Taira con el mayor dolor apartándose de ella.)
¡Infeliz!
España toda
va contra mí.. (Risa apenas perceptible.)
África empieza
tambien la lid?...

(Transicion repentina como atropellando por todo.)
—Pronto, á la reina
de Alargarbe dí

que su alianza
quiere tu emir;
¡que mi hija es suya!

TAIRA. (Apartándose horrorizada de su padre.)
¡Ah!

MUHAM. ¡Rayos mil!
Pronto, á Sevilla!
—Guadalquivir
en rojo trueque
(Risa de sangriento placer.)
su azul matiz:
que á borbotones
mire salir
de mil gargantas
la sangre vil.
¡Raza maldita
del Lamtuní,
Muhamad te brinda
rico festin!
(Con voz de trueno y rugiendo con salvaje entonacion. Váse rápidamente al interior del castillo.)

ESCENA VIII.

TAIRA. Quiere seguir á su padre, vacila y se apoya en una palmera.

¡Oh! caiga y desmaye
quien sufra tal suerte.
—¡Yo esposa de Yahye!
Primero la muerte!
¿Yo presa, en harenes,
de torpes amores,
llorando desdenes,
partiendo favores?
¿Yo olvido, yo enojos,
yo llantos insanos? (Fuera de si.)
¡No lloran los ojos
que arrancan las manos!
. . . .
¡El cielo! En la religion (Reflexiva.)
á que he nacido sujeta,

hay un sangriento profeta
y un dios de la destruccion.
Plácele sólo asistir
al que esgrime fuerte espada.
La doncella namorada
á ese Dios ¿qué ha de pedir?
¿Qué sabe de arrullos
quien nace milano?
¿Quién pide murmullos
al ronco Oceano!

. . . .

En Búrgos, en la mezquita (Reflexiva)
donde los cristianos oran,
hay una Vírgen bendita
(Sonriendo extasiada.)
que las vírgenes adoran.
Deidad al par que mujer,
toda cariño y dulzura...
esa puede comprender
de una mujer la amargura!
Madre del que el viento doma
y es de cuanto existe padre,
llámanla blanca paloma,
del amor hermoso madre.
Su seno brinda al reposo,
su vista ahuyenta el dolor...
¡Madre del amor hermoso,
vela por mi hermoso amor!...
(Despues de una breve pausa y con melancolía.)
Ya deja la aurora
su lecho de flores; (Sube al adarve.)
ya el sol que la adora
se abrasa de amores.
Mi lecho florido
tambien he dejado!
¡El sol ha venido
y Omar no ha llegado!

. . . .

Palomita que cruzas las brumas
(Sigue en el adarve.)
llevando en tu pico
mensaje de amor,

por el beso que puse en tus plumas,
de amores tan rico, (Con fuego.)
tan lleno de ardor,
no dirijas el vuelo á las rejas
dó exhala sus quejas
mi bien con afan, (Mucha melancolía.)
que á helar voy aquel pecho que hierve;
así Dios preserve
tus polluelos de vil gavilan.
¡Ah! (Mirando al valle del foro)
Allí viene ya.
Suelto flota
su alquicel.
—Trota, trota,
buen corcel.
—Á entrar vuelve
(Bajando la voz y como siguiendo los movimientos del corcel.)
en el camino;
los envuelve
un torbellino.
Fuego esmaltan,
vientos huellan,
corren, saltan,
atropellan.
¡Omar, alto!
(Grito aterrador, pero ahogado.)
¡ten, bien mio!
—¡Ah, de un salto
salva el rio!
(Grito de alegría expansivo.)
—¡María, María,
se ha muerto mi madre,
sé tú madre mia! (Llorando de alegría.)

ESCENA IX.

OMAR aparece en el foro. Trae alquicel negro. TAIRA quiere correr hácia él, loca de alegría. Omar la indica que permanezca allí y la contempla extasiado.

OMAR. ¡Ah!

TAIRA. ¡Mi Omar!
OMAR. Deja que viva
mirando tu rostro hermoso.
TAIRA. ¡Mi africano valeroso!
OMAR. ¡Mi andaluza sensitiva!
(Omar se acerca y Taira baja del adarve.)
TAIRA. ¿Me quieres?
OMAR. (Entonacion fogosa.)
Con la locura
que el árabe á sus arenas.
¿Y tú?
TAIRA. (Entonacion dulcísima.)
Cual las azucenas
quieren á la brisa pura.
OMAR. ¡Como loco!
TAIRA. ¡Como loca!
OMAR. Habla, Taira: estoy sediento
del aroma de tu aliento,
de las mieles de tu boca.
TAIRA. Cuando entona el ruiseñor
su cántiga delirante,
muda está la tierna amante.
OMAR. Trina libre ese cantor.
—Si escuchar quieres mi fé,
(Mucha entonacion.)
oh sultana de las flores,
rompe mi jaula de amores.
—El Asia mi cuna fué.
Allí en las ardientes lomas,
que el ronco Simoun arrasa,
allí... donde el sol abrasa
y envenenan los aromas...
sólo, en aquel mundo muerto,
que habitan tigres y hienas;
en las hirvientes arenas
del abrasado desierto,
cuando la noche venía (Sombrío.)
y más su horror aumentaba...
yo en contemplar me extasiaba
tanta salvaje poesía...
y empapado en sus horrores
cantos lanzaba atrevidos

al compás de los rugidos
de sus fieros moradores.

TAIRA. ¡Ah! (Con horror y extrañeza.)

OMAR. Buscando nuevas sendas
á la gloria y la fortuna,
la noble tribu Lamtuna
plegó una noche sus tiendas.
Nuestros salvajes corceles
al África encaminamos,
y por los negros trocamos
nuestros blancos alquiceles.
El nombre de Lamtuní,
digno de eterno renombre,
fué cambiado por el nombre
mas feroz de Almorabí.
Sobre el África caimos;
sus campos atravesamos;
cuanto se opuso tronchamos;
cuanto resistió vencimos.
Tambien allí... cuando yertos,
(Con otra entonacion.)
muertas de matar las manos,
se dormían mis hermanos
sobre una alfombra de muertos...
¡sólo! en mi lanza apoyado,
oyendo el rumor doliente,
respirando aquel ambiente
de tibia sangre impregnado...
entre las ayes acerbos
himnos lanzaba atrevidos,
al compás de los graznidos
de mil sanguinarios cuervos.

TAIRA. ¡Omar!
(Como suplicándole que no la horrorice. Omar le indica que espere.)

OMAR. Lamtuna triunfó
de la turba desbandada.
Mi emir con una embajada
á tu padre me envió.
Miré á Sevilla extasiado,
ví sus bellos alijares,
(Entonacion dulcísima.)

aspiré de sus azahares
el ambiente embalsamado,
y en el dulce seno umbrío
de sus bosques de hechiceros
naranjos y limoneros....
en la orilla de su rio, (Rapidez y claridad.)
cuyo azul envidia el mar,
viendo maravilla tanta,
me dije: ¡poeta, canta!
(Con loco entusiasmo.)
y al viento dí mi cantar.

TAIRA. ¡Bien mio!

OMAR. Pero te ví.
(Entonacion dulce y melancólica.)
Eras el capullo tierno
que seca el helado invierno,
el amarillo alhelí.
Á Azrael miré vagar (Con horror.)
en torno de tu hermosura...
Quise ser la sepultura
que suya te iba á llamar.
(Con febril entusiasmo.)
Un noble y sabio alfaquí
de Damasco logró verte,
y á aquel ángel de la muerte
pretendió alejar de tí.
Á Castilla te envió.
Un hombre que á mil venciera,
porque allí te defendiera,
el rey tu padre buscó.
Llamóme: loco escuché:
partimos sin más tardar:
tu aroma pude aspirar,
tu dulce huella besé.
Amé y me amaste: ¿te acuerdas?
Cantar quise... y ni un acento
por tí lanzar pude al viento,
rompí á mi guzla las cuerdas,
y de cantar desistí:
¡el himno de la pasion
se entona... en el corazon
con voz que se queda allí!

Tiernos y dulces sus sones
no pasan á los sentidos:
se forma... de los latidos
de dos puros corazones,
y empapándose en su sávia
allí nace y allí muere.
¡Así en el Asia se quiere!
¡Así se siente en la Arabia!

TAIRA. ¡Omar!

OMAR. ¿Lloras?

TAIRA. De dolor.

OMAR. ¿Tú? (Sobresaltado.)

TAIRA. Vive un dia la rosa,
pocos más la mariposa;
así ha sido nuestro amor.

OMAR. ¡Taira!

TAIRA. Tu Taira se muere:
mi padre va á darme dueño.

OMAR. No hará tal.

TAIRA. Con duro ceño
me ha dicho que «¡Alá lo quiere!»

OMAR. ¡Robárteme! No hay poder
que subyugue mi alma fiera:
Ni Alá quiere, ni aunque quiera
de otro que mia has de ser!

TAIRA. ¿Me amas tanto? (Con entusiasmo.)

OMAR. ¡Como un loco!

TAIRA. Pues si es así nuestro amor,
¿qué nos importa el dolor?
¡Venga un mar! un rio es poco!
(Arranque de pasion.)
¿Dí, tu amor no se ha entibiado
el mensaje al recibir
que para hacerte venir
mi Kerima te ha llevado?

OMAR. ¿Qué mensaje?
(Taira se estremece, y fuera de sí sigue la escena.)

TAIRA. ¿Cómo, Omar?

OMAR. ¿Qué espanto á tu rostro asoma?

TAIRA. ¿No llegó á tí mi paloma?

OMAR. Pero...

TAIRA. Habla, acaba de hablar.
OMAR. No.
TAIRA. (Rapidez.) Corre, vuela, tal vez
el fiel animal te espera
dormida en la enredadera
que da sombra á tu agimez.
Acaso no es tarde aún,
desgarra con tu acicate
tu caballo de combate, (Casi loca.)
sé un pájaro, sé el Simoun.
OMAR. ¡Mas!
TAIRA. Mi Kerima está allí.
Bajo su pico indiscreto
se encierra un mortal secreto.
¡Sálvate, sálvame á mí! (Casi sin fuerzas.)
OMAR. Grazalema, por favor,
por tu madre, por la mia,
por esa dulce María
madre del hermoso amor,
que á cada instante me nombras
y que por los dos bendices,
habla, no me martirices,
rasga esta nube de sombras.
(Pasándose la mano por la frente.)
TAIRA. No hay tiempo. Parte, por Dios,
parte, bien mio, volando.
(En la mayor desesperacion.)
¡La muerte está ya vagando
en derredor de los dos! (Desencajada.)
OMAR. Voy.
(Muy por lo bajo despues de mirar á todas partes
cogiéndolo por la mano.)
TAIRA. Oye. Aunque mal te cuadre,
si el secreto han sorprendido
huye, nos hemos perdido.
OMAR. ¿Á quién temes?
TAIRA. ¡Á mi padre!
OMAR. ¡Oh!
TAIRA. No seré perdonada. (Con terror.)
OMAR. Mañana, Sevilla amena,
no deshonrará esa hiena
tu tierra vilipendiada!

(Poniendo mano á la espada.)

TAIRA. ¡Omar!

OMAR. Alá, yo te imploro!

TAIRA. Por él ví mi sol primero! (Deteniéndolo.)

OMAR. ¡Es un tigre!

TAIRA. (Llorando.) ¡Yo le quiero!

OMAR. ¡Un tirano!

TAIRA. ¡Yo le adoro!

(Con energía y entereza.)

OMAR. Tengo acero. ¡De la tuya
responde su vida impía!

TAIRA. ¡Yo tengo puñal! ¡La mia
me responde de la suya!

(Omar quiere penetrar fuera de sí en el alijar, Taira se interpone, y sacando de entre el ceñidor un puñal, se coloca la punta sobre el corazon en el momento que él va á sacar la espada. Taira le señala el camino de la derecha y Omar trepa corriendo por las peñas: ella permanece inmóvil.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Sala árabe en el antiguo alcázar de Sevilla: puerta al foro, por la que se descubrirá una galería que termina en un gracioso mirador con vista á los jardines: puertas laterales, cubiertas como la del foro por ricos tapices de Persia, cogidos en grandes pliegues. Los muros de la sala estarán cubiertos de ricos arabescos de brillantes matices; el techo es un caprichoso artesonado con incrustaciones de nácares y maderas de colores, formando inscripciones alcoránicas: el pavimento será un hermoso mosáico de rarísimos mármoles. En el centro de la habitacion un salto de agua natural, que se recoge en una pila de mármol blanco, que sólo se eleva algunas líneas sobre el piso. Al lado de la fuente un asiento muy bajo de mampostería, sobre el que habrá varias almohadas de riquísimas telas. En los ángulos de la habitacion grandes jarrones con flores, y cerca de la fuente algunos pebeteros, en los que se quemarán resinas olorosas. Á la derecha, y en primer término, una alacena de forma caprichosa y puertas caladas, y dentro de ella infinidad de vasos preciosos y algunos pomos de esencias.

La habitacion será muy reducida, cerrándose para esto lo que parezca conveniente la boca-escena.

ESCENA PRIMERA.

TAIRA, SENSA, LULÚ, OSMIN, ESCLAVAS.

Taira aparece sentada en primer término sobre algunas almohadas con la cabeza oculta entre las manos. Sensa en el divan y Osmin de pie á su lado: Lulú y las Esclavas en el fondo colocando flores en los jarrones.

SENSA. Que el ambar tornado en humo
(Con entonacion.)
tan fragante como bello, (Á las Esclavas.)
llene de aromas la *estanza*.
Que el perfume lisonjero
de las rosas de Damasco
frescura y olor dé al viento.
—Buen Osmin, *Alcatib* mio, (Transicion.)
no tan retirado.

OSMIN. Es cierto.

SENSA. Tan solo Dios es veraz,
sabio Osmin, Satán es pérfido.

OSMIN. (Despues de pensar un momento.)
Dios... es Dios...

SENSA. La boca sabia
es manantial de consejo.
Mira á la jóven palmera
(Señalando á Taira.)
que el tallo erguía soberbio;
mira á la gacela altiva,
gala ayer de prado y cerro;
mírala triste. ¿Qué dices?

OSMIN. Sultana... que ya la veo.

SENSA. ¡Oh!... *Gul*, la furia infernal
da á su espíritu tormento.

OSMIN. ¡Sí!

SENSA. ¿Taira?

TAIRA. ¿Gran reina?
(Levantando la cabaza y como saliendo de sus meditaciones.)

SENSA. Escucha.
En fiestas hierve este reino.

De *Atrayana* á Macarena
Sevilla es mar de contentos.
Los *rawies* por las calles
cantan himnos placenteros
al son de *guzlas* de sándolo;
las doncellas van sin velo.
En las plazas corren toros
y mil fieras del desierto;
puestas en lanzas publican
de la plebe el vencimiento
y el triunfo del rey tu padre
cien cabezas; en el pueblo
todo es zambra y algazara;
los poetas dicen versos
en elogio de Muhamad,
que enemigos no vencieron.
¿Por qué cuando todos rien
su hija en triste retraimiento,
vierte perlas de *Basora*
por entrambos ojos bellos?
¿Qué *Gul*, que furia infernal
da á tu espíritu tormento?
Tan sólo Dios es verídico, (Tono sentencioso.)
mi Taira, Satan es pérfido.

OSMIN. Dios... es Dios.

TAIRA. (Melancólica.) Te engañas, Sensa,
tambien el triunfo celebro.
Mas *abzintio y coloquinza*
nunca fruto dulce dieron,
que son amargos. La sangre
amarga este vencimiento.
Esas pálidas cabezas
de los que rebeldes fueron,
no tocarán con sus labios
aguas de arrepentimiento.
Mir, el ángel del perdon,
deja el mundo y corre al cielo.
Esa alegría, oh gran reina,
que llena todos los pechos,
no es la bella flor de *allozo*
que anuncia el fin del invierno,
es la luz del *bargelico*

que brilla al rugir el trueno.

SENSA. ¡Osmin! (*Indicándole que la contradiga.*)

OSMIN. Es verdad.

SENSA. No he hablado.

OSMIN. ¡Ah! pensé...

SENSA. Concluye presto. (*Colérica.*)
¿Qué dices?

OSMIN. Decía... que... (*Muy cortado.*)
lo que á decir vas... es cierto.

TAIRA. Óyeme, Sensa. Mi padre
tiene de Sevilla el reino:
manda en Córdoba, en *Carkmoma*,
que hoy alza el rebelde cuello;
Huelva, *Libla y Okxonoba*
le reconocen por dueño
con *Gilbe y Jecira-Saltis*:
su poderío es inmenso.
Sus *naibes* vencedores
nunca la espalda volvieron.
Mas con todo, por escudo
tomó al azulado cielo
con sus doradas estrellas
y la media luna en medio.
¿Y por qué? Como esa luna
muda al trascurrir el tiempo:
así la suerte se trueca
al soplo menor del viento.

SENSA. ¡Sólo Dios es vencedor! (*Elevando las manos.*)

OSMIN. ¡Alabanzas á su imperio! (*Id.*)

SENSA. Sobre mi alfombra de *azala*
oré, Taira, por los muertos:
¡dichosos pueden llamarse,
que una reina oró por ellos!
Déjalos dormir tranquilos,
que *Azrael* vela su sueño.
Si buena muerte llevaron,
buena oracion merecieron.

OSMIN. Es así.

SENSA. De las mudanzas
que teme tu pensamiento
en la suerte de tu padre...
voy á hablar. Oid.

OSMIN. Atiendo.
SENSA. Es Muhamad Aben-Abed
un rey de poder supremo;
ninguno entre los muslines
de España manda más pueblos;
ninguno acuña en las *zecas*
más *dinares* con su sello,
y el *dinar*, oh Grazalema,
es todo en el mundo.
OSMIN. Cierto.
SENSA. Ninguno como él es bravo
ni tan sabio en el gobierno,
ni tan buen poeta; dígalo
quien colecciona sus versos,
tu primo Ismail.
OSMIN. Ó yo.
SENSA. Calla, que no entiendes de eso.
OSMIN. Verdad.
TAIRA. Mi padre es el sol,
á todo alcanza su fuego.
SENSA. Me ha enseñado su tesoro,
que en este alcázar soberbio
guarda en grandes alacenas
de celosías cubierto.
TAIRA. ¡Oh! (Con horror.)
SENSA. Sus perlas y esmeraldas.
sus rubies de luz llenos,
tiene engarzados en tazas
de un rico marfil sin precio.
Son los cráneos de los hombres
que su mismo brazo régio
ha descabezado. He visto
juntos el del altanero
Amir Yaye ben Alí,
el de Aben Chug, el discreto
del hagib Aben-Hazvun
y otros... hasta más de ciento.
OSMIN. ¡Alá!... (Con entonacion cómica.)
SENSA. Entre muslines, esta
es la ciencia del gobierno.
Mi hijo Jahye sólo tiene
nueve tazas de este género;

pero es mozo: ya será
otra cosa andando el tiempo.

TAIRA. ¡Sensa!

SENSA. Escucha. Así tu padre
tuvo su estado sujeto.
Pero hoy el brazo se niega
á obedecer al buen viejo.
Sus pueblos se le levantan:
guerra le hacen cuantos reinos
tiene España, excepto el mio:
¿qué hará tu padre?

TAIRA. (Con energía.) Vencerlos.

SENSA. Ya el *fostat* rojo no puede
plantar en sus campamentos
ni blandir la espada grande,
ni el *jak* vestir del guerrero.
Mi hijo Yahye, á quien los suyos
el glorioso nombre han puesto
de Almanzor ó vencedor,
le amparará si es su yerno.
—Hoy se firma la alianza...
y tú en triste retraïmiento
viertes perlas de *Basora*
por entrambos ojos bellos.
—¿Sientes dejar á tu Omar?
(Al oido, en voz baja y con intencion.)

TAIRA. (¡Gran Señor!)
(Temor en Taira: quiere hablar.)

SENSA. Sé tu secreto;
más pronto le olvidarás:
más que un hombre vale un reino!
—Yo tambien cuando doncella
quise á un servidor...

OSMIN. (Con pesar y rápidamente.) Es cierto.

SENSA. Pero luégo le olvidé...

OSMIN. Es verdad... le olvidó luégo.

SENSA. Alá te brinda la dicha,
Yahye es hermoso y discreto,
—mi traslado,—y casi sola
vas á reinar en su pecho.
En su harem apenas tiene
trescientas esclavas.—¿Eso

no te agrada, sol de estío,
en el que va á ser tu dueño?
Tuvo ochocientas tu padre
y quiso á tu madre ciego.

TAIRA. ¡Sensa! (Con indignacion.)

SENSA. Aun cuando no hace falta
aquí tu consentimiento,
bien será que estés conforme.

TAIRA. Si busca amor en mi pecho
tu hijo, dile que yo
amor que darle no tengo,
que he dado cuanto tenía.

SENSA. Al *mexuar* no dirás eso.

TAIRA. Ante el *mexuar*, ante Dios
diré altiva lo que siento.
¡Sangre de Muhamad me anima!
Con tal sangre ¿tendré miedo?
¡Que soy la tórtola piensan,
la garza soy del desierto!

SENSA. Yo soy grande cazadora
(Con intencion y cómica ligereza.)
de los pajarillos tiernos.
En tu *alijar*, Grazalema,
mi noble aficion siguiendo,
una alborada en las fuentes
lazos puse bien cubiertos.
Muchas avecillas tímidas
picaron su dulce cebo:
entre ellas una paloma
que al armiño diera celos,
cayó en mis lazos, y era
de extraña raza por cierto,
que aquí no nacen palomas
con mensaje escrito al cuello.

TAIRA. (Oh!)

SENSA. Á los sabios *mexeguares*
voy á contar el suceso:
ellos sabrán si este pájaro
trae malo ó buen agüero.

TAIRA. ¡Sensa! ¡Sensa!...
(El primero con altivez, el segundo suplicando.)

SENSA. Preparadme

(Á las esclavas, haciendo que no oye á Taira.)
baño tibio y placentero,
perfumado de jazmines.
Cuando salga encuentre presto
algun pez dorado en salsa,
con oriental aderezo...
y un *pavon* de bella cola
de pajarillos relleno.
Que el sabbá, ese vino claro
color de estrella de cielo,
—bien diferente del rojo
que del *Corán* los preceptos
nos vedan—nieve de Sahara
mantenga oloroso y fresco.
—¡Alá cuida de las almas, (Á Osmin.)
nosotros de nuestro cuerpo!
—Guárdete el profeta. (Á Taira.)

TAIRA. (Bruscamente.) ¡Á tí!

SENSA. Plaza á la reina y su séquito.

(Váse seguida de Osmin y las esclavas.)

ESCENA II.

TAIRA, LULÚ. Al verla desaparecer se abandona á su angustia y corre hácia Lulú.

TAIRA. ¿Se fueron?

LULÚ. Se fueron.

TAIRA. ¡Mi pobre *Kerima*!
—¡Ay, Lulú! (Llora.)

LULÚ. Tu esclava.

TAIRA. Mi hermana, mi amiga.
—Corre á los jardines.
La calle sombría
de los arrayanes
al soto contigua,
recorre un mancebo
de franca sonrisa,
de altiva mirada,
de frente cobriza.
Omar es su nombre,
mi amor su divisa.

LULÚ. ¿Qué digo á mi dueño?
TAIRA. Que deje á Sevilla:
Que tome su ardiente
corcel de Palmira;
que parta al instante
si quiere mi dicha,
que yo en esa rosa
le mando mi vida.
(Dándole una de las que habrá en los jarrones.)
LULÚ. Harélo.
TAIRA. En tornando
ya no eres cautiva.
Liberta de Taira,
mis joyas más ricas,
mis blandos aromas,
mis ropas más lindas
contigo te lleva,
oh hermana, á Castilla.
¡Á Taira otras galas
(Con extremada melancolía.)
la tierra le brinda!
Lulú, corre, vuela, (Con rapidez.)
mi dueño peligra.
Tu patria te espera
¡como á mí la mia!
(Extremada amargura. Lulú va á marcharse por la puerta de la derecha en el momento en que se presenta Omar en ella.)

ESCENA III.

TAIRA, OMAR.

OMAR. ¡Taira!
TAIRA. (Primero corre hácia Omar, se detiene y se dirige á Lulú.)
¡Oh! Eres
libre, Lulú:
parte si quieres.
(Lulú besa la punta del ceñidor á Taira y se va.)
OMAR. ¡Taira!
TAIRA. ¿Eres tú? (Con voz muy apagada.)

(Corriendo el uno hácia el otro al verse solos.)

OMAR. [illegible]o, que deliro
[illegible]porque te miro.

TA[illegible] [illegible]en mi contento.
[illegible] tu dulce boca
[illegible]oca
[illegible] muy quieta,
[illegible]r tu negaría
[illegible] el triste profeta [illegible]
de la p[illegible]ida.
Huye si aún pue[illegible]s: (Muy por lo bajo.)
mi mensajera
cayó en las redes
de mano artera.

OMAR. ¡Saben que al cielo
voló mi anhelo!
Calma tu lloro:
si el celestial tesoro
que ciego adoro
(Alzando un poco la voz.)
ser debe amada
de un rey potente,
corona hará mi espada
para mi frente.

TAIRA. No es el secreto (Indicándole silencio.)
de mis amores
el triste objeto
de mis dolores.
La carta mia
te descubría
con imprudencia
un secreto terrible de mi existencia,
que es mi sentencia
de fiera muerte
y al par la tuya...
Vas á perderte.
¡Gran Dios, que huya!

OMAR. Habla.

TAIRA. Reunido
está el *mexuar*.
Tu bien querido
tratan casar.

Dirán: «¡sé de él!»
Diré: «¡soy fiel!»
¡Labio indiscreto
dirá entónces mi fatal secret[illegible]
y [illegible]
de [illegible]

OMAR. ¡Tú [illegible]
Á A[illegible] [illegible]onmi[illegible]
l[illegible] [illegible] (Leve [illegible] los jarrones.)

(Tomándol[illegible] [illegible]ano y [illegible]rayé[illegible] [illegible] mino. La en[illegible] con p[illegible]a voz.)

Sobre una roca
de negro brillo,
que el cielo toca,
teng[illegible] [illegible]n castillo.
Contra esta valla
furiosa estalla
en su agonía
con feroz y salvaje algarabía
la mar bravía;

(Á media voz, pero con mucho fuego.)

y el agua sube
de las espumas
envolviéndolo en nube
de densas brumas.
—¡Ven! Su sol seque
esa pupila.
Allí soy *jegue*
de la *cabila*
de *Beni-Saifa*:
rey de una *taifa*
de *berewies*:
á mi voz sus lelies
mil *lamtunies*,
que airados rugen,
lanzan al viento,
y las bóvedas crugen
del firmamento!

TAIRA. ¡Ah! (Apartándose.)

OMAR. Flor de Tiro, (Extasiado.)
perla escondida,
por un suspiro

te doy mi vida;
y este alma ciega,
que á amor se entrega
ardiente y loca,
por un beso de es[illegible]
que lo pro[illegible]
tranquila [illegible]
de su fé re[illegible]
y Alá y á su [illegible]
maldeciría.

TAIR. ¡Ah, Dios! ¡Repite

(Loca de alegría y con la mayor ansiedad.)

esa razon!

OMAR. Que no palpite
mi corazon
si eso no hiciera
por la hechicera
flor de las flores.

TAIRA. Pues bien... Cuando fulgores

(Con resolucion y abandono.)

abrasadores
de luz hirviente

(Todo esto con voz apenas perceptible, pero con mucha claridad.)

no dé ya el sol,
y la noche refresque el ardiente
suelo español.
Cuando á la *azala*
vaya á llamar
la voz que exhala
del *alminar*

(Con el temor de ser escuchada.)

el *almuaden*
te espero, ¡ven!

OMAR. ¡Alá! (Frenético de alegría.)

TAIRA. ¡Te espero! (Muy por lo bajo.)

OMAR. Si en tu eden hay un goce más placentero
yo no lo quiero. (Id.)

(Elevando los brazos al cielo, y fuera de sí y vibrando la voz.)

TAIRA. Vete.

(Por lo bajo, pero con decision enérgica.)

OMAR. Tu mano.
—¡Dichoso dia! (Besándosela.)
TAIRA. ¡Mi leon africano! (Siempre por lo bajo.)
(Vibrando la voz y fuera de sí.)
OMAR. ¡Gacela mia! (Id.)
(Váse ráp'damente por la puerta de la derecha.)

ESCENA IV.

TAIRA.

¡Sí, partiré! (Con resolucion.)
—Mas... ¿y si Omar suya al verte
se niega á entrar en tu fé?... (Reflexiona.)
¡De Dios la muerte
imploraré!

ESCENA V.

TAIRA, MUHAMAD, SENSA, ABDALA, mexeguares y esclavos: por la galería del foro. El rey se detiene y pasan primero Abdalá y los mexeguares, despues el rey y Sensa. Dos esclavos traen dos grandes jarros de oro y pedrería con agua y dos ricas tohallas muy largas en los brazos, y se colocan al lado del rey. Taira saluda y queda inmóvil.

MUHAM. Pasad, sadios *mexeguares*.
ABD. (Pasando el umbral.)
Rey, antes que tú pasamos,
que á la ley representamos.
MUHAM. Yo á la ley alzo *alminares*.
—Pasa. Sensa. Taira, aquí,
junto al padre que te adora.
TAIRA. (Bajo.) (Padre, tu pobre hija llora.)
MUHAM. ¡Tú!
ABD. (Á Muhamad.) El mexuar espera.—Dí.
MUHAM. (Elevando las manos al cielo con los brazos extendidos.)
Alabanzas al Señor
que odia la maldad y el dolo,
él todo lo puede: él solo

es eterno y vencedor.
—Yo, Muhamad Aben-Abed,
(Con otra entonacion.)
rey de Córdoba y Sevilla,
doblo al *mexuar* la rodilla,
y á la usanza, que merced
á mi espada he conservado
y que el rito antiguo abona,
quitándome la corona,
que de mi padre he heredado,
porque pueda libre dar
(Entrega su corona á Abdala.)
mi *mexuar* su parecer,
pongo todo mi poder
en hombros de mi *mexuar*.
(Toma uno de los jarros.)
—Sabios, extended la mano.
(Todos extienden la mano sobre la pila de la fuente.)
que como estas abluciones
las limpian, los corazones
limpios queden de villano
pensamiento, ó vil idea,
y al que no cumpla la ley,
desde el más bajo, hasta el rey,
maldígale Alá.

TODOS. (Con voz seca.) Así sea.

MUHAM. Extendedlas; no señor
veais en mí, ya al mando extraño.
(Vierte una poca de agua en la pila, elevando el brazo y da las tohallas.)
Yo os doy el agua y el paño
mostrando que servidor
del *mexuar* soy.
(Los mexuares tocan las tohallas, como secándose las manos.)

ABD. Cuando acabe
el asunto en que nos vemos,
el mando te volveremos.
En tanto su peso grave
echamos sobre los hombros
en cuanto tu reino abarca.

¡No tenemos más monarca
que Alá! (Con voz solemne.)

MUHAM. Empezad.

ABD. Entre asombros
tu reino sin esperanza
ve arder todos sus confines:
¡piden los buenos muslines
del Algarbe la alianza.

SENSA. Sabios, escuchad la voz (Taira tiembla.)
de la poderosa Sensa.

ABD. Dí.

SENSA. Como vosotros piensa
entero *Badalayoz*.

MUHAM. Es justo, aunque no me arredro
por más que el reino desmaye, (Id.)
cásese Taira con Yahye.

ABD. Unamos la hiedra al cedro.

SENSA. Alabanzas al Señor!

TAIRA. ¡Padre!... (Por lo bajo.)

MUHAM. Taira, yo no mando.

ABD. (Al rey.) El nombre de Alá invocando,
tomas por yerno á Almanzor.

MUHAM. Sí. Mas no ha de separar (Con ansiedad.)
á Taira de mí.

SENSA. Lo fío.
Yo en nombre del hijo mio
la oferta vengo á aceptar
invocando á Alá, que trunca
los árboles con su aliento.

ABD. Estás dada en casamiento.
—Taira, invoca á Alá.

TAIRA. ¡Yo!... Nunca. (Despues de una leve pausa.)

MUHAM. (Colérico.) ¡Taira!

SENSA. Taira, vuelve en tí.

ABD. Invócalo.

TAIRA. Empresa vana.

MUHAM. (Fuera de sí.) ¿Por qué?

TAIRA. ¡Porque soy cristiana! (Con uncion.)
(Movimiento de todos.)

MUHAM. ¡Maldicion de Dios en mí! (Rapidez.)

TODOS. ¡Ah!...

MUHAM. La quise con exceso;

la corza domó á la hiena:
¿quién dijo que es nazarena?
¡No es verdad! ¡No ha dicho eso!
¡Taira, vuélvenos la luz;
dí que es falso... ¡te lo imploro!

TAIRA. (Bajo y con resolucion evangélica.)
¡Una y mil veces! ¡Yo adoro
al Dios que nació en la cruz!
(Muhamad pone mano á la espada, corre hácia Taira y le sujetan.)

MUHAM. Calla. No. ¡Esto es un delirio!

TAIRA. Sé que el *mexuar* no perdona.
¿Quereis darme una corona?
¡Yo elijo la del martirio!
(Bajo pero con entereza y santa resignacion.)

ABD. ¡Dios es grande!

MUHAM. (Vuelve á poner mano á la espada.)
Está sujeta
á un vértigo. ¿Taira?... (Bajo.)

TAIRA. ¡Ah!

MUHAM. (Muy bajo, pero con mucha energía.)
Grita; «no hay más Dios que Alá,
y Mahoma es su profeta.
Dilo, hija mia! en tus manos
la vida está de los dos.

TAIRA. ¡Padre!

MUHAM. ¡Dilo! (Con voz de trueno.)

TAIRA. (Ansiedad en todos.)
¡No hay más Dios...
sino el Dios de los cristianos!
(Con la resolucion de una mártir.)

MUHAM. (Risa convulsiva.)
¡Alá! ¡un rayo que taladre
esta frente, envíame! (Grito.)

TAIRA. María, dame tu fé; (Al cielo.)
soy hija suya, es mi padre.

MUHAM. (Yendo de un lado á otro.)
Salid, ¡nada habeis oido!...
¡Qué!... ¿no obedeceis mi ley?

ABD. Muhamad, ahora no eres rey. (Con frialdad.)
Tú mismo há poco has venido
á dar tu mando al *mexuar*.

Taira á nos está sujeta.
—En el nombre del profeta
vamos á deliberar.

(Los mexegares se marchan silenciosos, seguidos de los esclavos y guardias. Sensa se deja caer en el divan.)

ESCENA VI.

TAIRA, MUHAMAD, SENSA. Muhamad los sigue hasta la puerta del foro, y baja rápidamente dirigiéndose á su hija, que le presenta el pecho.

MUHAM. ¡Oh! La mataré yo mismo. (Reconcentrado.)
TAIRA. Corta, padre, si te agrada
esta cabeza bañada (Amontonando las frases.)
por las aguas del bautismo.
(Corriendo á su encuentro.)
Cumple tu deber sangriento.
Aplaca á tu horrible Alá.
Mi sangre no borrará
la huella del sacramento.
MUHAM. ¡Taira! (Colérico.)
SENSA. ¡Rey! (Interponiéndose.)
MUHAM. No puede ser.
(Clavándose las uñas en la frente.)
¡Mis ojos mienten al verlo,
Alá no puede quererlo!
Dí, ¿no es verdad que á volver
vas á la fé de tu madre, (Conmovido.)
que te quiso tanto y tanto?
¿No es verdad que con espanto
(Casi llorando.)
ves el dolor de tu padre?
—Grazalema, hurí de huríes,
mi esperanza, mi consuelo,
estrella del quinto cielo,
blando aroma de alhelíes,
sé fiel, torna á tu señor,
mi tierna plegaria acoge.
(Muy bajo y sin alzar los ojos del suelo.)
TAIRA. ¡Padre! manda que me arroje

desde el *alminar* mayor.
(Suplicante y con cariño.)

MUHAM. Arrepiéntete. Eso borra
toda falta, no hay dudar.
Mas pronto, si no el *mexuar* (Sombrío.)
en una oscura mazmorra
te sumirá; ¡allí la luz
del sol un muro detiene!

TAIRA. ¿Qué importa si Taira tiene
la que emana de la cruz?
(Con entusiasmo religioso.)

MUHAM. Sí, ¡ingrata! Al Dios que te cuadre
tendrás para que te asista.
Pero... ¿qué hará sin tu vista
tu padre, tu pobre padre?
Con tus creencias extrañas
vivirás contenta... ¡Oh!
más .. cómo viviré yo
sin la hija de mis entrañas?

TAIRA. ¡Padre!
(Despues de una ligera pausa de vivas emociones.)

MUHAM. ¿Cedes?
(Muhamad hasta el final de esta escena, desde que ha dicho *sin la hija de mis entrañas,* casi sin aliento.)

TAIRA. ¡Oh! perdona,
sólo á Cristo puedo amar.

MUHAM. ¡Ah!...
(Muy bajo y ahogada por el llanto.)

SENSA. ¡Calla! (Á Taira.) Esto hace llorar
á los muros de *Lisbona.*

MUHAM. ¡Vete! El mexuar va á volver. (Con terror.)

TAIRA. ¡Padre!

MUHAM. ¡Traerá tu sentencia!
¡Vete!

TAIRA. ¡Ah!...
(Deja caer la cabeza sobre el pecho y se aleja silenciosa.)

SENSA. Con mi elocuencia...
su error le haré conocer.
(Muhamad queda abismado y se cubre la cara con las manos. Pausa leve.)

ESCENA VII.

MUHAMAD, ABDALA, MEXEGUARES. *Abdala seguido del consejo aparece en el foro: el rey corre hácia él con extremada inquietud y ansiedad; de pronto se detiene y saluda respetuoso. Abdala se adelanta. Pausa.*

ABD. ¿Cide?
MUHAM. Abdala...
(*Con extremada ansiedad.*)
ABD. Tu mexuar (*Solemne.*)
con calma ha deliberado
Por tres veces ha invocado
á Dios ántes de votar.
MUHAM. ¡Oh! (*Creciendo su impaciencia.*)
ABD. Nadie aquí pone en duda
que hacer puedes tu capricho
en el gobierno; esto dicho
tu mexuar, Cid te saluda. (*Le saludan todos.*)
MUHAM. ¡Acaba, ó voto á Azrael!...
(*Sin poderse dominar.*)
Acaba. (*Con calma aparente.*)
ABD. Tambien los reyes,
sujetos están á leyes,
que hombres son: la que Gabriel
al santo profeta ofrece
para todos, rey, prescribe;
desde el que alcázares vive,
al que en chozas se guarece.
MUHAM. Es así. (*Haciendo por dominarse.*)
ABD. El mexuar olvida
que Taira es quien es; la ciega
mahometana que reniega,
pena tiene de la vida. (*Con entereza.*)
MUHAM. ¡Gualahoma! ¿Sereis osados?... (*Amenazador.*)
ABD. Muhamad, al venirte á hablar (*Con calma.*)
hemos mandado afilar
las hachas á tus soldados.
Llámalos, de nuestros reyes
siervos somos como ellos.

Puedes cortar nuestros cuellos, (Humilde.)
mas no torcer nuestras leyes. (Altivo.)

MUHAM. ¡Ah! (Sin fuerza.)

ABD. No halle la ley obstáculos.
De tu desdicha la fama
corre ya. Tu pueblo brama.

MUHAM. ¡Mi pueblo quiere espectáculos!
(Contrayendo la fisonomía con sangrienta amargura.)
¡No le bastan cien cabezas
que en sangre se dan al viento!
¡Bien está! ¡Tendrá otras ciento!

ABD. Si por entregarle empiezas
la de Taira, acatará (Con aplomo.)
cuanto de tí haya emanado.
Si no, le hemos dispensado
de obedecerte.

MUHAM. (Fuera de sí.) ¡Gualá!
Con mis invencibles tropas
arrollaré á esos arteros.

ABD. Si llamas á tus guerreros.
sé que rasgarán sus ropas (Con calma.)
viendo el tremendo dolor
de tu paternal afan.
Mas no te obedecerán.

MUHAM. ¡Qué! ¿No soy vuestro señor?

ABD. Oye. Abderraman el fuerte, (Con solemnidad.)
rey de Córdoba, tenía
un hijo; una ley impía
mandó condenarle á muerte.
El rey acató la ley
lleno de amarga tristeza;
del príncipe la cabeza
rodó por órden del rey.

MUHAM. (Fuera de sí) ¡Tigres! pretendeis que yo!...
¡Idos! Temed mis enojos.
¡Sólo sangre ven mis ojos!
¿Quién eso decir osó?
(Coge por el brazo á Abdala con furor.)
«Quiero que un suplicio elijas:»
yo he olvidado hasta sus nombres.
No!... os perdono.—¡Alá! ¡estos hombres
jamás han tenido hijas!

(Recordando la dignidad del consejo: el perdon con respeto; lo demas en un arranque de sentimiento.)

ABD. Es la hora de *Alatema*, (Con sencillez.)
el sol va á ocultarse: si
al llegar la de azobí
está viva Grazalemá...

MUHAM. ¿Qué? (Con terror.)

ABD. Si vive...

MUHAM. Pues es llano: (Temeroso.)
¿quién á ella se atreverá?

ABD. El mexuar se encargará (Continuando.)
de suplir al soberano. (Va á salir.)

MUHAM. ¡Rebeldes!

ABD. Rey, tu poder (Se detiene.)
en nuestras manos has puesto:
tropas y pueblo tras de esto
nos quieren obedecer.
Muerta Taira, volverás
de tu trono á las grandezas;
entónces nuestras cabezas
del tronco separarás.

MUHAM. Bien está. El mexuar me fija
por plazo hasta el azobí,
(Con salvaje placer.)
Aún soy rey. Salid de aquí
y haced que venga mi hija.
(Van á salir y les detiene.)
¡Jeques, quereis el dominio
de un parricida, ¡es de ley!
(Con horrible sarcasmo.)
Bien, Jeques. ¡Tendreis por rey
al ángel del esterminio!

(Los mexeguares doblan la cabeza y se marchan silenciosos. El rey los sigue con la vista desencajada, y al verlos desaparecer se cubre la cara con las manos y solloza.)

ESCENA VIII.

MUHAMAD, TAIRA despues.

MUHAM. ¡Taira! ¡mi bien! ¡mi alegría!
¡Hoy lloro por vez primera!
¡Me ahogo! Si álguien me viera...
¡Quién va!
(Con voz de trueno y pasándose bruscamente la mano por los ojos.
TAIRA. ¡Tu Taira!
(Presentándose en la puerta izquierda cabizbaja.)
MUHAM. (Estrechándola.) ¡Hija mia!
TAIRA. ¡Padre!
MUHAM. Sabes que el mexuar
todo el poder me arrebata, (Casi delirante.)
y me grita ¡mata! ¡mata!
y te tengo que matar.
TAIRA. ¡Tú!
MUHAM. ¿Yo? No; mi mente, llena
de dolor, noche hace el dia.
No, luz del sol, Taira mia,
tú serás una hija buena.
¿No te he dado yo el perdon,
de tanto y tanto culpado?
¿Cuanto tengo no te he dado
y el alma y el corazon?
Pues no has de ser tan cruel,
tornarás á tu fé, sí.
TAIRA. ¡Padre! Dios murió por mí,
yo debo morir por él.
(Con mucha dulzura y mansedumbre.)
MUHAM. ¡Taira!
TAIRA. Que apresten los hierros.
MUHAM. ¡Y mi paternal dolor!
TAIRA. Lo lloro.
MUHAM. (Arranque bravío de ella.) Pero, señor,
¿qué miel tienen esos perros,
que así hechizan y así encantan?
(Separándose un poco de ella.)
¡Grazalema, el leon dormido

ya va á lanzar su rugido!
Tus lágrimas no me espantan.
Por última vez: sé buena. (Fuerza.)

TAIRA. ¡Piedad! (Aterrada.)

MUHAM. ¡Reniega!

TAIRA. ¡Perdon!

MUHAM. ¡Reniega!

TAIRA. (Resuelta.) Nunca.

MUHAM. El leon
ya sacude su melena...
¡Reniega! (Con fuerza salvaje.)

TAIRA. No.

MUHAM. ¡Ay de los dos!
(Llevando la mano al puñal y dando otro paso atrás.)

TAIRA. Padre, ten. (Retrocediendo.)

MUHAM. ¡Llegó tu hora!
(Con acento terrible.)
¡Ay de tí! (Levanta el puñal.)

TAIRA. ¡Yo pecadora!
(Con precipitacion y fervor religioso.)
¡á tí me confieso, Dios!
(Cayendo de rodillas desplomada al ver que su padre saca el puñal y lo levanta sobre su cabeza al decir: ¡Ay de tí! Muhamad al ir á descargar el golpe, huye horrorizado y se dirige rápidamente al cielo; y amontonando las palabras y casi frenético dice los versos siguiente.)

MUHAM. Alá, tú que desde el cielo
das al viento olor suave,
y blanda armonía al ave
y verdes galas al suelo,
tú, que á cuanto aquí respira,
luz, aire y ser dando vas,
y á los padres hijos das,
no quieres esto, ¡es mentira!
(Tira el puñal.)

TAIRA. No, no, padre, dices bien.
(Corriendo hácia su padre y en el mismo tono que él.)
Dios es bueno como un padre,
amante como una madre;

por nosotros de su eden
envuelto bajó en la luz,
y hombre fué y sufrió dolores:
por nosotros pecadores
el alma exhaló en la cruz.
Dios es el bien, el candor,
la bondad que nunca muere;
no, no, ¡Dios sangre no quiere,
quiere lágrimas de amor!

MUHAM. Hija, hija, huyamos de aquí. (Sombrío.)
Mi trono formado á piezas,
hecho ha sido de cabezas
que yo mismo cortar ví.
Es un sangriento castillo,
que no defiende el amor
si no el espanto, el horror
que al traspasar su rastrillo,
siente aquel que en más batallas
un pecho mostró animoso,
viendo que de sangre un foso
ciñe sus negras murallas.
Vamos á donde haya padres,
ven, ¡el mexuar no perdona!
¡Yo maldigo mi corona
bañada en llanto de madres!
(Corre con su hija al foro llevándola de la mano.)

TAIRA. Sí, lejos, lejos de aquí.

MUHAM. Vamos, sí, ni un punto más..

SOLD. De órden del mexuar, ¡atrás!
(Presentándose en la puerta al ver que van á salir.)

MUHAM. ¡Soy tu rey!

SOLD. Me humillo á tí..
Tu grandeza á salvo quede.
Franca, Cid, tienes la puerta,
pero Taira sólo muerta
salir de la estanza puede.

TAIRA y MUHAM. ¡Ah!
(Bajando en la mayor desesperacion.)

MUHAM. ¡Conque es fuerza morir!
(Voces del pueblo)

TAIRA. Padre, ese rumor que suena... (Con espanto.)

MUHAM. ¡Oh! es mi pueblo, es esa hiena

que empieza sangre á pedir.

TAIRA. ¡Jesús!

MUHAM. Contra tí se estrella.
Asir la presa es su afan.

TAIRA. ¡Padre! (Aterrada.)

MUHAM. Y si no se la dan
presto subirá por ella.

TAIRA. ¡Soy muy niña, reina y madre,
quiero vivir! (Con ingenuidad.)

MUHAM. (Con la mayor desesperacion.)
Defenderte
no puede este viejo inerte!
¡Pobre rey! ¡infeliz padre!

TAIRA. (Muy bajo y con terror infinito.)
Mira, apriétame en tus brazos;
no temas, nada te aflija,
¡quién arrancará una hija
de estos paternales lazos!

MUHAM. ¡Ellos! son los tigres...—¡Ah!
(Estúdiese esta exclamacion.)
¡Hola esclavos!... ¡Qué sorpresa!
(Risa sardónica.)
Vendrán, vendrán por su presa
y les daré... ¡Já, já, já!
(Rebosando placer sangriento.)

TAIRA. ¡Rie! (Espantada y retrocediendo.)

MUHAM. Que venga Aben-Bú,
(Al Soldado que pasea por el foro.)
que el veneno fabricó
para Hacen-Bila.

TAIRA. ¿Qué? ¡Oh!
(El *¿Qué?* como delirante. El *¡Oh!* comprendiendo aterrada.)

MUHAM. No temas, no temas tú. (Rie.)
(¡Ah! ¡no podrá!) Teme, sí.
Si te hallan viva en mis brazos
te harán los tigres pedazos.

TAIRA. Mas...
(Sale el alfaqui y permanece en el foro: el rey va donde él está.)

MUHAM. Calla.—Sabio alfaquí,
tú que con ciencia aprendida

mi régia salud conservas,
(Rumor del pueblo.)
tú que conoces las yerbas,
que dan la muerte y la vida...

TAIRA. ¡Horror! (Sigue hablando ap. Muhamad al alfaquí.)
(Fuera de sí.) No, no es un delirio
María, en tan duro trance
dame fé para que alcance
la corona del martirio.
Clara estrella matutina,
pura y celestial lucero,
sol de paz, por tu Hijo muero;
sé mi madre, luz divina.
(El alfaquí saca de la alacena una copa y vierte en ella algunas gotas de una redomita y váse despues de dársela al rey.)

MUHAM. ¿Sabes que es esto? (Bajando.)

TAIRA. Lo sé.

MUHAM. ¿Y oyes? (Por el rumor del pueblo.)

TAIRA. Padre, tengo miedo!

MUHAM. Pues bien, reniega.

TAIRA. No puedo.

MUHAM. Taira, no te casaré.

TAIRA. ¡Padre!

MUHAM. ¿Resistes?

TAIRA. Resisto.

MUHAM. Niega á Cristo.

TAIRA. ¡Quién lo niega!
(Voces del pueblo.)

MUHAM. Bebe ó niega. (Presentándola la copa.)

TAIRA. (Elevando la copa.) Así reniega
quien tiene la fé de Cristo. (Bebe.)

MUHAM. ¡Taira!

TAIRA. ¡Vete! Que al morir
(Con una especie de temblor, producido por el gran esfuerzo que ha hecho.)
no mire yo tu dolor.

MUHAM. ¡Irme!...

TAIRA. El último favor
es que te habré de pedir.

MUHAM. Sea.

TAIRA. Moriré con calma

no llores. yo me sonrío.
¡Tu bendicion, padre mio!

MUHAM. ¡Hija!
(Se abrazan, y pasado un breve rato, se marcha silencioso y corre tras sí el tapiz del foro.)

TAIRA. ¡Padre de mi alma!

ESCENA IX.

TAIRA, LULÚ. Tras una leve pausa aparece Lulú en la puerta de la izquierda, contempla desde allí á Taira con los ojos arrasados en lágrimas. Voces del pueblo.

LULÚ. (Indicándole con la mano el sitio hácia donde se oye el rumor del pueblo.)
Taira, la muerte se agita
en torno de tí. Al dejarte,
esto sólo puedo darte.
(Le entrega un crucifijo que trae bajo el velo.)

TAIRA. ¡Jesús! ¡Bendita! Bendita!
(Corre hácia ella, y besa repetidas veces á la imágen del Señor con frenesí, y despues abraza y besa á Lulú, llorando las dos, y se marcha esta.)

ESCENA X.

TAIRA, OMAR, que sale precipitadamente por la puerta derecha, lívido y desencajado.

TAIRA. ¡Mi Dios! Soberano bien,
mi esperanza pongo en tí.
—¡Ay! ¡y Omar vendrá por mí!

OMAR. ¡Taira!

TAIRA. ¡Omar! ¡Es tarde!

OMAR. Ven.

TAIRA. Huye, huye por vida mia,
si aún de tu amor soy objeto;
se ha descubierto el secreto
terrible que te encubría.

OMAR. ¡Lo sé! El tiempo no perdamos.
Tengo en el rio un bajel,

en la puerta mi corcel,
mi espada al cinto. Salgamos.

TAIRA. Es tarde.

OMAR. Por compasion.

TAIRA. ¡Nunca!

OMAR. Por fuerza vendrás.

TAIRA. Tente.

OMAR. ¡Ven!

TAIRA. ¡Te llevarás
un cadáver!
(Mostrándole la copa que está en el suelo.)

OMAR. ¡Maldicion!

TAIRA. ¡Omar!

OMAR. ¡Habla!

TAIRA. Mira... Aquí...
(Llevándose las manos al pecho.)
siento una angustia, un anhelo...
Por mis venas corre hielo.

OMAR. Cobardes... (Dando un paso hácia el foro.)

TAIRA. Tente por mí.

OMAR. (Con desesperacion.)
¡Oh! ¡no volvernos á ver
cuando nos queremos tanto!
¡Por siempre!

TAIRA. ¡Eso no! Dios santo,
eso no, ¡no puede ser!
Puedo al mundo renunciar,
contento al dejarlo muero,
pero á él... ¡no puedo, no quiero!
¡Yo no renuncio á mi Omar!

OMAR. ¡Amor mio! ¡mi consuelo!

TAIRA. (Queriendo reunir ideas con santo placer.)
Los que en el mundo se quieren...
si en la fé de Cristo mueren...
se juntan luégo en el cielo.
—¡Omar, la verdad he visto,
nos salvaremos los dos!

OMAR. ¡Taira!

TAIRA. Confiesa á mi Dios,
¡abraza la fé de Cristo!

OMAR. ¡Taira!

TAIRA. ¡Cree á una moribunda!

No engaña la hora postrera. .
Esa fé es la verdadera... (Busca la razon.)
¡porque en el amor se funda!

OMAR. ¡Taira!

TAIRA. ¡Mi vida se va!
Que mi alma suba al cielo,
llena de este consuelo.
(Alzando repetidas veces el crucifijo, y mostrándoselo.)
¡Cree! ¡Cree! ¡Este es mi Alá!

OMAR. ¡Taira!

TAIRA. Mi planta vacila...
me envuelve un frio vapor.
¿Si este no fuese el Señor,
muriera yo tan tranquila?

OMAR. Sufres con esa ansiedad...
Cálmate.

TAIRA. ¿Qué es un momento
de pena y padecimiento,
si hay luégo una eternidad?

OMAR. ¡Oh!...

TAIRA. Mi Omar; salva á los dos.
¡Cree! Mi vida va á acabar..
¡Cree!

OMAR. ¡Taira!

TAIRA. ¡Pronto, Omar!
¡Cree!

OMAR. (Arroja el turbante.) ¡Sí, creo en tu Dios!

TAIRA. ¡Ah! ¡Venga la muerte ahora!
(Loca de alegría.)

OMAR. Yo lo siento, yo lo veo.
Señor, te adoro, te creo.

TAIRA. ¡Bendita! ¡bendita hora!
¡Bésalo! ¡inmenso placer!
¡Es Jesucristo, el Dios hombre!
¡Yo te prometo en su nombre
que me volverás á ver!

OMAR. ¡Taira!
(Crece por momentos la agonía de Taira.)

TAIRA. Yo me muero... el pecho...

OMAR. Te vengaré. (Dando un paso hácia el foro.)

TAIRA. No, sé pío.

¡Perdónalos tú, Dios mio! (Conteniéndolo.)
¡no saben lo que se han hecho!
Esta no es la dicha humana...
ángeles... la Vírgen madre...
Adios... Omar... ¡Adios padre!

OMAR. ¡Por siempre!
(Cayendo desplomado á sus piés en la mayor desesperacion.)

TAIRA. No, hasta mañana.
(La muerte es dulce y tranquila: es una luz que se apaga. Sonrie y muere.)

ESCENA XI.

OMAR, MUHAMAD. Pausa, durante la cual Omar se arrodilla y llora. Se descorre el tapiz del fondo, y sale el rey descompuesto y como huyendo.

OMAR. ¡Este es su Dios!
(Besa el crucifijo sin quitárselo de la mano á Taira.)

MUHAM. (En el fondo.) ¡Omar!

OMAR y MUHAM. ¡Ah!
(Al verse los dos con muy distintos afectos.)

MUHAM. ¡No respira!
(Con placer y mirando siempre al foro.)

OMAR. (Muy por lo bajo y con furor reconcentrado.)
Al fin, tirano,
puede alcanzarte mi mano.

MUHAM. (Muy por lo bajo y señalando al foro.)
Calla... vienen. .

OMAR. ¡Mírala!
(Toda esta escena es preciso se lleve muy ligera, casi sin esperar el uno al otro.—Cogiéndolo de la mano, y acercándolo á Taira, el rey no deja de escuchar mirando al foro. Voces lejanas.)

MUHAM. ¡Calla! ¿No oyes sus rugidos?
¡Es el pueblo! Si aún respira...

OMAR. ¡Mira, parricida, mira!...
Á pesar de tus bandidos ..

ESCENA XII.

OMAR, MUHAMAD, el PUEBLO.

PUEBLO. ¡Muera Taira!
(Dentro casi de la escena.)
OMAR. De aquí...
(Continuando la frase.)
MUHAM. Yerta.
(Mirando fijamente á Taira.)
OMAR. No saldrá uno de los dos.
(Acabando la frase.)
PUEBLO. ¡Muera! (Entrando desbandado.)
MUHAM. (En el centro y con voz fuerte.)
Renegó de Dios
y espió su crímen!
PUEBLO. ¡Muerta!
(Huye horrorizado.)

ESCENA XIII.

MUHAMAD, OMAR.

OMAR. Ahora... (Sediento de venganza.)
MUHAM. ¿La amas?
OMAR. Me amó, si...
¡parricida despiadado!
MUHAM. ¡Ah! vela, vela á su lado.
(Sin oir lo que dice Omar.)
OMAR. Saca tu acero.
MUHAM. De aquí
(Sin hacer caso para nada de Omar y con ansiedad.)
no te apartes ni un momento.
OMAR. ¡Sácalo! (Seco.)
MUHAM. Ese es tu destino. (Id.)
OMAR. ¡Pronto, pronto ó te asesino!
MUHAM. ¡Que no le toque ni el viento! (Rapidez.)
OMAR. ¡Que el *can* del avermo ladre!
que el tártaro hierva en gozo. (Furioso.)
MUHAM. ¡Calla! ¿Sabes, pobre mozo,

de lo que es capaz un padre?

OMAR. ¡Vil! ¡Invocas en tu abono
tal nombre. ¡Muere villano!
(Arrojándose sobre él.)
—No, no, ¡gran Dios! ¡soy cristiano!
Vete, Muhamad, te perdono.
(Arroja la espada.)

MUHAM. ¡Tú! ¡tú! (Rapidez.)

OMAR. ¡Por ella! ¿Lo extrañas?

MUHAM. ¡Tú!
(Con la alegría del que descubre el modo de llevar á cabo un plan salvador.)

OMAR. ¡Llévame al sacrificio!

MUHAM. ¡Tú! (Rapidez.)

OMAR. ¡Pronto, pronto el suplicio!

MUHAM. ¡Tú!
(Hasta aquí debe llevarse la escena como un rayo.)

OMAR. ¡Sí!

MUHAM. ¡¡Hijo de mis entrañas!!
(Lo estrecha loco de alegría basándolo y devorándolo con la vista. Omar conmovido lo estrecha tambien, telon rápido.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

(1) Macbora de los reyes de Sevilla en su antiguo alcázar. En el fondo una de las fachadas principales de esta, cuyo piso principal es una galería corrida formada de arcos de herradura, y abierta en el centro desde donde arranca una bajada en rampa, que dividiéndose en dos ramales despues de tomar dos ó tres vueltas viene á morir á derecha é izquierda del plano de la escena; por los tres arcos del centro de la fachada se verá otra galería que se pierde en el fondo del escenario. En primer término, y á derecha é izquierda, otras dos rampas ó escalinatas de bastante elevacion, y en el muro de la de la izquierda una puerta disimulada y cubierta por arrayanes y flores: en el centro de la escena un sepulcro ó *tarbe* de familia cuya puerta estará abierta, el *tarbe* estará rodeado de laureles, mirtos y arrayanes, y coronado por una graciosa pila egipcia segun la costumbre árabe; en las galerías del fondo multitud de lámparas de bronce con luces rojizas ó azuladas, y en los pasamanos de las rampas y escalinatas flameros, peveteros, jarrones y surtidores de agua viva; á derecha é izquierda

(1) Esta decoracion podrá reducirse á un jardin en el centro del cual habrá un enterramiento de familia y un trozo de edificio á la izquierda, y en él una puerta secreta. Donde se ponga así cuídese mucho de que esté ocupado casi todo el tablado por árboles y flores. El cadáver podrá estar ya depositado y el acompañamiento rodeando el *tarbe*.

varias calles de arrayanes y laureles formando bóvedas. Al levantarse el telon se oye dentro una marcha fúnebre compuesta de triángulos, flautas y timbales, y empieza á salir por la galería del fondo el cortejo fúnebre, las mujeres cubiertas de grandes velos blancos, y los hombres con las capuchas de los alquiceles caladas. Delante vienen los guerreros arrastrando las banderas de combate, detrás los jeques, faquíes, wacires y los mexeguares, que traen en hombros en unas andas y cubierto con un rico paño blanco el cadáver de Taira, rodeado por multitud de doncellas con antorchas y bateas de flores, y las esclavas con las ropas y alhajas en grandes azafates de plata ú oro. Delante del cadáver vendrán *Sensa, Abdala, Ismail* y *Osmin*; al llegar la comitiva á la meseta alta se divide y baja por ambos ramales; los mexeguares colocan el cadáver á la entrada del *tarbe*, y las doncellas arrojan desde las galerías altas y escalinatas las flores sobre el sepulcro. Sensa y Osmin quedan á la derecha, Abdala y el consejo á la izquierda. Ismail en el centro. Omar sale envuelto en su negro alquicel por la derecha al levantarse el telon; registra con la vista la escena y se oculta entre las plantas que rodean el *tarbe*. Sigue la música mientras lee Ismail.

ESCENA PRIMERA.

OMAR, SENSA, ABDALA, ISMAIL, OSMIN, MEXEGUARES, DONCELLAS, JEQUES, FAQUIES, WACIRES, ESCLAVAS, NAVIES y ESCLAVOS.

ABD. Ismail, cisne de Esbilia,
poeta de sangre real,
lee tu casída; esta
es la hora de cantar.

ISMAIL. (Lee acompañado de la orquesta.)
Nobles rawies,

raza inmortal,
hijos de los pájaros
y la tempestad,
hijos de la luz,
hijos de la mar,
hijos predilectos
del sublime Alá...
Rawies, poetas,
(Muy bajo é indicando silencio.)
las cuerdas rasgad,
á las *guzlas* célicas
que soleis pulsar,
de *lit*, nácar, sándalo
y oro de Tibar.
—No es hora de cantos,
hora es de llorar.
Esbilia la hermosa, la noble ciudad,
muda y triste, y muerta y solemne está.
De la Arabia la arena desierta
no lo estuviera más.
Esbania, la bella region celestial,
en lágrimas tristes se empieza á anegar.
Una madre que pierde á su hija
no llorara más.
El rio de Esbilia camina á la mar,
de lágrimas lleva copioso raudal.
Ni la peste, ni el hambre, ni el hierro,
nunca arrancaron más.
Grazalema, el azahar peregrino
de los bosques que bordan su orilla...
Grazalema, el perfume divino
de una pálida *glit* amarilla,
Grazalema, la flor de las flores,
la tórtola triste de dulce arrullar,
esa hourí de celestes amores,
ese *tarbe* ha venido á morar.
Sus dos luceros
no alumbrarán
las negras noches
de Esbilia ya.
Su voz de pájaro
no volverá

nuestras tristezas
á disipar.
—Rawies, poetas,
las guzlas rasgad!
Grazalema, la hourí de este suelo,
ese *tarbe* ha venido á morar.
—Mi canto un triste
gemido es ya.
No es hora de cantos,
hora es de llorar.

(Como trasportado y con vaguedad: cambio completo.)

Claros záfiros, transparentes perlas,
lluvia rica en aromas y colores,
sobre alfombras de nácares y flores
desciende ya..
Flotante el manto de estrellado cielo,
Uriel, el ángel de pintadas plumas,
con la luz de su sol las negras brumas
rasgando está.
Vestida de rocío y resplandores,
en carro de esmeraldas y topacios,
Grazalema cruzando los espacios
al cielo va.
—Rawies, poetas,
las *guzlas* pulsad.
No es hora de llantos,
hora es de cantar.

(En el momento en que Ismail acaba de leer la poesía cesa la mú sica: Abdala se adelanta, y elevando los brazos dice con voz muy baja los versos siguientes. Á una señal de Abdala entran el cadáver en el tarbe.)

ABD. Loor al que nunca muare.
¡Silencio! El emir Muhamad (Á las plañidoras.)
no quiere llantos comprados
de Taira en el funeral.
—Muftí, tu santa palabra
(Á uno que se adelanta.)
llena de gloria y piedad,
no puede en esta *macbora*
hoy cual siempre resonar.

Ese *tarbe* oculta á Taira:
cerradas á su alma están
las puertas del paraiso.
Era infiel, y al espirar
una *azala cristianezca*,
Eblis, el ángel del mal,
para nuestro eden robarla,
le hizo á un Dios falso elevar.
Estaba escrito.
(Todos rodean el sepulcro y apagan las antorchas en una gran taza que les presenta un esclavo.)

SENSA. (Muy conmovida.) Ismail,
poeta de sangre real,
(Háganse estas escenas á media voz, sin olvidar el sitio en que están, particularmente Sensa y Osmin.)
la reina Sensa ha escuchado
tu casída.—En la ciudad
de los antiguos *rumíes*
usábase coronar
de laurel á los poetas,
que aquí son la vóz de Alá.
Nuestro tiempo es más mezquino;
mas si la estirpe inmortal
de Aben-Abed, que es la tuya,
si escrito en el cielo está,
que tu tribu de *Lamí*
el trono haya de dejar,
mi hijo Yahye, á imitacion
de aquel grande Abderraman
y los nobles Beni-Omeyas
que hubieron de gobernar
toda *Esbania*, á imitacion
de lo que en la actualidad
hacen Almería y Málaga,
en su *alcancia* real
guarda un fondo destinado
las letras á alimentar.
Príncipe Ismail, si un dia
primo de rey no eres ya,
vé á Algarbe, á nuestra alcazaba
del claro saber hogar,

que allí, Ismail, por poeta
renta más grande tendrás.

ISMAIL. Alá prospere tu reino.

SENSA. Ya lo prospera. (Suspirando.)

OSMIN. (Con dolor.) Es verdad.

ISMAIL. Reina, desprecio la pompa
que en eso viene á parar. (Señala al tarbe.)
Esta mañana he cantado
del alba la claridad;
poeta soy: la noche viene;
voy sus sombras á cantar.
(Saluda y váse. Van desapareciendo muy silencioso algunos del cortejo, y alejándose por las galerías del palacio paulatinamente.)

ESCENA II.

OMAR, SENSA, OSMIN, ABDALA, MEXEGUARES y parte del acompañamiento. OMAR permanece entre los arrayanes que rodean el sepulcro.

SENSA. Osmin, mi alcatib querido,
tu señora triste está.

OSMIN. Yo lo estoy.

SENSA. Entre los mirtos,
y el verdi-negro arrayan
se oprime el pecho.

OSMIN. Se oprime.

SENSA. La voz sabia es manantial
de enseñanza.—Dime, Osmin,
(Como asaltada por una idea.)
nuestro sublime *Alcoran*
da á los hombres cuando mueren
goces eternos.

OSMIN. Verdad.

SENSA. Les promete huríes bellas,
siempre puras... siempre...

OSMIN. (Con arrobamiento.) ¡Alá!

SENSA. Bien. Y á las hembras que mueren
dentro la fé del *Islam*,
¿qué les espera?

OSMIN. Sultana...

(Asombrado como no habiendo caido en ello.)
el libro sagrado está
mudo en eso.

SENSA. Dime, Osmin.
(Cada voz más preocupada.)
¿No habrá en el eden lugar
para las hembras? ¿Houríes
de vuestro sexo no habrá?
Si no es así, Taira ha sido
más que cuerda en renegar.

ABD. Ven. La ceremonia fúnebre,
(Llegándose á Sensa.)
reina, terminada está.
Allí en su régia alcazaba,
el sin dicha Emir Muhamad
espera consuelos; vamos
su honda pena á consolar.
Desde que á Taira del mundo
arrancó el ángel del mal,
de la fiebre devorado,
su reposo es delirar.
Ahora, al pasar el cortejo (Cambio de tono.)
por el patio principal,
á un ajimez asomado
le he visto. Su rostro está
desencajado, sus ojos
quieren del rostro saltar;
el lecho deja; frenético
órdenes de muerte da.
Al alfaqui que el veneno
su voz hizo preparar
para dar la muerte á Taira,
en mazmorra sepulcral
bien enmordazado ha puesto.
Jura, llora, viene y va,
fija en un reloj de arena
la vista con ansiedad.
Los médicos desesperan
tal dolencia de curar.
Azrael bate las alas (Con dolor.)
sobre el noble Emir Muhamad.

SENSA. ¡Oh! De haber quitado el reino

de Córdoba al buen *Jebwar*
con traicion digna de un bárbaro
rey cristiano del *Afranc*
ó de *Ruderic*, el Cid
compitur, mátele Alá,
de esa traicion *cristianesca*,
¡oh Abdala! viene este mal,
que con leyes de aquel reino
se hizo más que él su mexuar.
Que vaya el de Algarbe á Yahye
á imponer leyes: le oirá,
y con sonrisa tranquila,
que él es dulce por demas,
«quitaos los ceñidores,
nobles jeques,» les dirá:
«ceñidlos á vuestros cuellos
y ahorcaos sin más tardar.
Sois muchos; y el brazo régio
matándoos se cansará.»
Esto es ser un rey de *Taifa*;
esto, Abdala, es gobernar.
¿Qué vale el andar con votos,
si está bien... si no lo está?
¿El pueblo no es de su rey?
¿Pues quién leyes le ha de dar?
¿No ha de poder un monarca
si un dia se siente mal,
por entretener sus ocios
cien jeques descabezar?
(Rumor en los mexeguares.)
Pues si un rey así no os place,
si es ley vuestra voluntad,
haced un emir de palo,
que mejor os estará.

OSMIN. ¡Matarle á su hija!

ABD. Vamos. (Al consejo.)

MUHAM. Dejadme, dejadme.., ¡Atrás!

(El rey aparece en la rampa de la derecha lívido y desencajado, trae un reloj de arena en la mano, rie convulsivamente y mira á todas partes sin fijarse en nada, algunos esclavos vienen tras él, pero á cierta distancia. Todos se quedan helados

y silenciosos al verlo.)

ESCENA III.

DICHOS, MUHAMAD.

TODOS. ¡Ah!
ABD. ¡Señor!... torna á tu lecho.
MUHAM. ¡Á mi lecho! ¿Á la agonía?
¡No!
(El rey habrá quedado en el centro, despues de examinar desde la puerta el interior del sepulcro, mirando á todas partes con vaguedad y riendo convulsivamente.)
SENSA. Ven.
MUHAM. Deja que me ría.
Así se dilata el pecho.
ABD. Mas...
MUHAM. Quiero aquí respirar.
¡Cuánta calma! ¡Qué hermosura!
¡qué fragancia, qué frescura!
Es muy grato este lugar.
ABD. Que es la postrera mansion
de nuestros reyes advierte.
MUHAM. ¿Pensais que aquí está la muerte?
¡Já, já! ¡Me dais compasion!
la muerte tiene otro centro.
¿Á esto llamais tumba? ¡Sí!
¡Já, já! La tumba está aquí, (En el corazon.)
la muerte vive aquí dentro.
ABD. Pero, señor...
MUHAM. No te aflijas:
de vivos esta es mansion.
¡Oh! los muertos sólo son
(Profunda amargura.)
los pobres padres sin hijas.
ABD. ¡Espera! (Señalando al cielo.)
MUHAM. ¡Esperar! ¡Creer!
(Sonriendo sarcásticamente.)
¡Mira! Fué negra y es blanca.
(Cogiéndose la barba.)
¡Cuando una rosa se arranca,
no torna capullo á ser!

Esperanza, infiel deidad,
eres corona de flores,
que en los dias seductores
de la alegre mocedad,
ciñes las frentes, y arrojas
perfume blando y fragante;
cada dia, cada instante,
se lleva cien de tus hojas.
Queda sólo el tallo inerte
en la frente del anciano.
Entónces tu nombre vano
se cambia por el de muerte.
La mitad de nuestra vida
se va, esperanza, en buscarte;
la otra mitad en llorarte,
ántes que propia, perdida.
El rio marcha á la mar,
el hombre... á la hora postrera.
¡Mira, blanca! ¡Espera, espera!
(Por la barba. Sarcasmo.)
¡Dame años para esperar! (Arranque.)

SENSA. ¡Pobre rey!

ABD. ¡Si hablando sigo
es que consolarte trato.
El amargo *absintio* es grato
en boca del enemigo.
Emir, no rompas tus trajes,
no: tus padres y los mios,
los nobles hijos bravíos
de las arenas salvajes,
cuando ven su pecho yerto
matar piensan, no morir.

MUHAM. ¡Vengarme?...

ABD. Recuerda emir
que eres hijo del desierto.

MUHAM. ¡Oh! Sí, sí. Tú me encadenas.
¡Venganza es un nombre hermoso!
¡Venga ese manjar sabroso
(Devorando con la vista al mexuar.)
de nuestras patrias arenas!

SENSA. ¡Alá!

ABD. Taira se hizo infiel

allá en Búrgos. En tu nombre
fué para guardarla un hombre:
ella ha muerto y vive él.

SENSA. ¡Oh!

MUHAM. ¿Cómo? (Inquieto.)

ABD. Por él dejó
la santa fé de Mahoma.

MUHAM. ¡Oh!... pruebas. (Aterrado.)

ABD. Una paloma
de intermedio les sirvió.
En Omar venga tu ofensa:
tu acero su pecho parta.

MUHAM. Bien está. Pero esa carta...

ABD. La tiene la reina Sensa.

SENSA. ¿Yo?

MUHAM. No me quiero vengar;
¡perdono!
(Con ansiedad y dirigiendo una mirada á Sensa.)

ABD. Si hay prueba, emir,
este asunto concluir
no te toca, es del mexuar.

MUHAM. Pero...

ABD. Gran reina...

MUHAM. (Á Sensa por lo bajo.) ¡No!...

SENSA. ¡Yo!...
Nada sé. (Mirando á Osmin.)

OSMIN. No.

ABD. Lo olvidaste...
Cuando á Taira amenazaste,
un *Said-xactra* te escuchó.

OSMIN. (¡Ay!) (En tono cómico.)

ABD. Alivia á un pueblo triste,
ó ¡ay de tí! si yo le digo (Muy bajo.)
que la prueba va contigo.

SENSA. ¡Mientes! la prueba no existe.
(Rompe la carta sin que la vean.)

OSMIN. Es verdad. (Guardando los pedazos.)

ABD. Por ese tarbe
júranos que eso es seguro. (Solemnidad.)

SENSA. (Extendiendo su mano.)
Por ese tarbe lo juro.

MUHAM. ¡Ah!... (Respirando.)

OSMIN. Y yo.
ABD. (Con sumision.) Reina de Algarbe...
SENSA. Siervo, á una reina de Taifa
ultrajaste. (Con indignacion.)
ABD. (Entrecortado.) Yo me postro...
SENSA. Cuando me envien tu rostro (Muy bajo.)
cárdeno cual la azofaifa,
por los tuyos canforado
para adornar mi *maglisa*,
recordaré con sonrisa
que el corzo al leon ha osado.
—A mí, mi séquito.—Ve,
necio, que has tocado un ascua
con torpe mano. En la pascua (Otro tono.)
de las víctimas, casé
con el padre de Almanzor,
y cual *Sobehia* el dechado
de reinas, mandó su estado...
regí el mio con vigor.
Yahye es de mi sol destellos!
No espereis pues que se ablande.
Vendrá con la espada grande!
la posará en vuestros cuellos
como en las mieses la hoz,
y ó de aquí huis desbandados
ó sereis descabezados
ante mí, en Badalayoz.
(Le abren paso y se marcha con su séquito y Osmin, que al pasar junto á Abdala le mira ferozmente. Sensa vuelve la cabeza, y hace que la siga Osmin; vánse por la derecha. Durante este diálogo el rey se habrá aproximado dos ó tres veces á la puerta del sepulcro y habrá observado con viva ansiedad el cadáver de Taira despues de consultar el reloj.)

ESCENA VI.

MUHAMAD, ABDALA. El mexuar, algunos del séquito, y Omar en el fondo entre los árboles que rodean el sepulcro

MUHAM. ¡Ah!

(Fijando los ojos en el reloj que habrá dejado en un pedestal.)

ABD. (Por lo bajo.) Eres rey; ten tus enojos.
Mil ojos en tí están fijos.

MUHAM. Alá dió á los padres hijos
y para llorarlos... ojos.
Mata al tuyo y vive en calma
sin que el pesar te devore.
¡Si un rey quereis que no llore,
haceos un rey sin alma!

ABD. Tus esclavos somos, Cid.

MUHAM. Esclavos... ¡y á ellos me inmolo!
¡Dejadme! quiero estar solo.
(Risa sarcística.)

ABD. Mas...

MUHAM. Quiero estar solo!—Oid. (Le rodean
Calles tristes y calladas (Bajo.)
quiero ver mientras que velo,
envuelto en manto de duelo
por plazas y encrucijadas.
Todos los silencios juntos,
todo el luto en un lugar...
Mi dolor quiero pasear
por un pueblo de difuntos.
Correré una y otra vez
la oscura ciudad desierta...
y ¡ay del que entreabra una puerta
ó se asome á un ajimez!
(Se apartan atónitos.)
El rey manda: el pueblo calla
(Alto y con voz fuerte.)
y ante él se humilla cobarde.
(Mucho desvarío y á media voz.)
¡Ah!... quiero que nadie guarde
puertas, torres, ni muralla.
Tranquila duerma mi grey,
que aunque hay quien domarla anhela,
por ella en la sombra vela
este espectro de su rey.
¡Salid! Lo mando, lo quiero:
es mi régia voluntad.
¿Sabeis quién soy? Soy Muhamad,

el emir del rojo acero;
y como aquel bravo rey,
que sangre mamó en la cuna,
lloró que no tenga una
sola cabeza mi grey
para que rodara inerte
á un tajo de mi cuchilla,
y reinar solo en Sevilla
desde el trono de la muerte.

ABD. ¡Cid!

(Aterrado al ver que la fisonomía del rey se descompone por momentos: todos se separan temerosos.)

MUHAM. Es adagio vulgar.

(Fuera de sí y haciendo que le rodeen de nuevo.)

«Que si el rey falta á la ley
escupa el vasallo al rey.»
La ley supe respetar
trocándome de hombre en fiera.
Obedecer, ó es su fallo

(Muy bajo, pero con energía.)

que escupa el rey al vasallo.

ABD. Pero, gran señor...

(Con dolor y desesperacion.)

MUHAM. ¡Afuera!

(Con acento terrible. Todos bajan la cabeza, y se marchan silenciosos por distintos lados.)

ESCENA V.

MUHAMAD, OMAR. El rey se adelanta como regocijándose con cierta idea sangrienta, y empieza á hablar desde el instante en que se ponen en marcha los de la escena anterior; Omar sale de entre los árboles que rodean el sepulcro; avanza lentamente hácia el pedestal en que está el reloj, y lo mira con fijeza sin ser visto del rey. Sigue cubierto completamente con su alquicel negro.

MUHAM. Tuvieron los *rumíes* un califa,

(Con desvarío.)

¿cuál es su nombre? ¡Ah! sí, Neron, Neron,
n rey alegre, de caprichos raros,

un hombre de prudencia y de valor.
Tenía una ciudad, ¡ciudad hermosa!
Roma?... Roma le hubieron de llamar.
Era la maravilla de las artes,
era reina del mundo su ciudad.
Una noche... ¡qué noche tan extraña!
prendióla fuego aquel buen rey Neron:
nueve dias la reina de mil pueblos
en fuego y humo envuelta se miró.
(Á medida que recuerda crece su placer.)
El rey desde una sierra allí vecina
arder miraba su eternal ciudad...
coronado de rosas y laureles,
y versos recitando... ¡Já, já, já!
En una noche... así... triste y oscura
como la que ahora empieza á descender,
sería un espectáculo... ¡Sevilla
emporio de las artes es tambien!
Los reflejos del fuego rojo harían (Risa.)
á mi manso y azul Guadalquivir;
¡sangre parecería su corriente!
¡No tuvo nunca rey un rio así!
(En el colmo del placer salvaje y con el orgullo más desmesurado. Leve pausa.)

OMAR. El plazo ha espirado.
(Señalando el reloj, que ha estado devorando con la vista.)

MUHAM. ¿Quién
se atreve?...

OMAR. (Se descubre.) Mírame.

MUHAM. ¡Omar!

OMAR. Rey, acaba de espirar
el plazo. (Con sequedad.)

MUHAM. ¡Oh! no: aún se ven.
(El ¡*Oh*! fuera de sí corriendo á ver el reloj. Lo demas con calma.)
algunos granos arriba.

OMAR. ¡Espero! (Sécamente.)

MUHAM. ¡Ve!... aún son bastantes.
(Señalandole el reloj.)

OMAR. Bien. Tantos son los instantes
que áun quiere el Señor que viva.

MUHAM. ¿Estás resuelto?
OMAR. Aquí vive
la resolucion más fuerte.
MUHAM. ¿Y vas á darte la muerte?¡
OMAR. No. Mi fé me lo prohibe.
Pero gritaré á esos perros
que sed tienen de matar:
«Creed en Cristo;» y tu mexuar,
asestándome mil hierros,
hará que al instante muera
fija en mi Dios la memoria...
¡Y mártir iré á la gloria
donde mi Taira me espera!
MUHAM. ¡Verla! ¿Y si esa eternidad
fuera una quimera vana?
OMAR. No: me ha dicho «hasta mañana»:
y la muerte es la verdad.
MUHAM. ¿Y mueres por Taira?
OMAR. Sí?
MUHAM. ¿Sin pesar?
OMAR. Con alborozo.
MUHAM. Piénsalo, Omar, bien. ¡Tan mozo
y no esperar nada aquí!
OMAR. No he dicho verdad. Ayer
cuando morir pretendía,
te dije que viviría
hasta que viese caer
de ese tu reló inhumano
el fatal grano postrero.
—No he dicho verdad. Espero
que caiga el último grano.
MUHAM. ¡Hijo!—Aún por unos instantes
me perteneces. (Reponiéndose.)
OMAR. Lo lloro.
MUHAM. Vé al punto por el tesoro
que en perlas tengo y diamantes.
Mi anillo muestra. (Dándole un anillo.)
OMAR. La hora
se acerca. (Señalando el reloj.)
MUHAM. (Con terror.) No te detengas.
Cuando mi tesoro tengas
con él baja á esta *macbora*:

OMAR Muhamad, nunca la has amado.
(Al ver su frialdad.)
MUHAM. La habrás más que yo querido?
OMAR. ¡Yo el ser de ella he recibido!
MUHAM. ¿Qué es eso? ¡Yo el ser le he dado!
(Váse Omar por la derecha abajo.)

ESCENA VI.

MUHAMAD. Leve pausa.

¡Solo! ¡solo! Por fin... ¡Ah!
(Pasea una mirada por la escena con alborozo.)
¡De gozo el pecho se llena!
¡Pronto! Pronto cae, arena.
(Tomando el reloj y con viva ansiedad.)
¡Pronto! ¡más pronto! ¿Quién va?
(Creyendo oir pasos.)
Nadie. ¿Quién se ha de atrever
á quebrar mis soberanos
mandatos?—¡Pero estos granos
¡nunca acaban de caer!—
¡Calma! «Cuando la vasija
superior, que ahora está llena,
no tenga un grano de arena»,
dijo el sabio, «tendrás hija».
¡Qué lenta cae! ¡Jamás
he sufrido tal dolor!
¡Qué lenta! ¡Señor, Señor,
(Dirigiéndose al cielo.)
yo no puedo aguardar más!
(Pasándose la mano por la frente.)
¡Qué frio! No sé qué siento.
Nada... Nada. ¡Cuánto dura!
¡Grano á grano! ¡Qué tormento!
¡Si se hubiera equivocado!... (Aterrado.)
¡Huye, idea, que me espantas!
Conoce Aben-Bú estas plantas
que matan por tiempo dado.
Sí, si en el dulce beleño
que el docto preparar sabe
efecto malo no cabe.—

No es la muerte, es sólo el sueño.
(Con tranquilidad; pero desaliento físico.)
¡Oh! va á acabar mi agonía.
¡Sí... yo te bendigo, Alá!
Cae... ¡es el último! ¡Ah! (Tira el reloj.)
¡Taira mia! ¡Taira mia! (Loco de alegría.)
(Corre fuera de sí y penetra en el sepulcro, que estará en primer término; lanza desde dentro un agudo y terrible grito, y aparece en la puerta lívido y desencajado.)
¡Ah! ¡Maldicion! está yerta.
¡No, Dios no lo quiere, no!
¡Taira, hija mia, soy yo!
¡No respira! ¡Muerta! ¡Muerta! (Pausa.)
—Acaso el aire... ¡Sí, sí!...
Lo he debido conocer. (Se repone.)
Calma. Calma... va á volver.
Me lo ha dicho el alfaquí.
(Entra en el sepulcro, y á poco sale con Taira en los brazos, envuelta en una túnica y manto blanco y coronada de azahar. Trae al cuello, pendiente de una cadena, el crucifijo.)

ESCENA VII.

MUHAMAD y TAIRA.

MUHAM. Vientos de la noche bellos
(Dirigiéndose al cielo, y avanzando lentamente con ella en los brazos.)
llenos de dulces hechizos,
agitad los sueltos rizos
de sus hermosos cabellos.
(Muy bajo y con acento muy dulce.)
Fragante brisa, aura leve,
blandas hijas del rocío,
que el ave del reino umbrío
con sus negras alas mueve. (Baja las gradas.
venid á un pecho que quema
de yerba letal la llama,
venid, que en su amparo os llama
vuestra hermana Grazalema.

Hija mia, por tu madre,
(Sentándose en las gradas con Taira sobre las rodillas.)
que en el santo eden se esconde,
oye mi dolor, responde,
nada temas: soy tu padre.
¡Está fria! ¡fria! Siento
que mi alma se hace pedazos.
La calentaré en mis brazos.
(La estrecha en sus brazos.)
La animaré con mi aliento.
(Eleva la cabeza de Taira á la altura de la suya y dejándola caer, dice:)
¡Oh! ¡yo la he matado! ¡Alá!
No es verdad esto que miro.
(Lo levanta uno y otro brazo, y los deja caer.)
¡Vive, sí, vive... deliro!...
¡Vivirá! Es preciso... ¡Ah!
(Quiere incorporarla, y al verla desplomarse la coloca cuidadosamente sobre las gradas y huye horrorizado.)
¡Muerta! Hola, siervos, á mí.
(Gritando y yendo de un lado á otro.)
Pronto á mí; ¡ó ay de vosotros!
Que amarren á cuatro potros
á ese malvado alfaquí. (Casi frenético.)
¡Pronto! mi voz no es oida,
(Con desesperacion.)
por mi órden solos estamos!
¿Qué dice esa voz? Oigamos. (Delirante.)
«¡Parricida! ¡Parricida!»
¡Taira! ¡por más que me aflija
(Hincándose de rodillas á los piés de Taira.)
su frio glacial no cede!
¡Oh! ¡sálvala, Alá!—¡No puede!
—¡Sálvala, Dios de mi hija!
(Como el último recurso. Con sarcasmo impío él no puede.)

TAIRA. ¡Ah!
(Con voz muy débil y levantando apenas una mano que vuelve á dejar inmóvil.)

MUHAM. ¿Qué? ¿Qué? ¡No es ilusion! (Casi loco.)

de un cerebro dolorido.
¡No! ¡Su mano se ha movido!
¡Sí! ¡Late su corazon!

TAIRA. ¡Jesús!...

MUHAM. ¡Taira! ¡Taira!...

(Creciente ansiedad: sin poder ni llorar ni reir y como ahogándose.)

TAIRA. ¡Ay!

MUHAM. (Á sí mismo.) Calma.

TAIRA. (Mirando á todas partes y tratando de recordar.)
¿Qué es esto? Soñé quizá...
No.

(Apoyando las manos en las gradas, y como reconociendo el lugar con horror.)

MUHAM. ¡Hija!

TAIRA. ¡Ay, ay, ay! ¡Ah!

(Sin poder romper á llorar, y gritando al reconocer á su padre.)

MUHAM. ¡Hija!

(Al grito de Taira, se estrechan, y lloran y sonrien á un tiempo. El otro ¡Hija! es al ver que desfallece de nuevo.)

¡Hija!

TAIRA. Padre del alma.

(Casi sin aliento, cayendo de nuevo en brazos del padre y sonriendo de felicidad.)

MUHAM. ¡Oh!... ¡qué negros son tus ojos

(Taira cierra los ojos á su pesar.)

qué centellantes, qué bellos!

(Inclinándose sobre ella y acariciándole la cabeza.)

¡Deja que me mire en ellos!
¡y de la muerte despojos
eran!... ¡Ténlos en mí fijos,
ángel mio, dulce afan!
¡Oh!... ¡qué lástima me dan
esos que no tienen hijos!

TAIRA. (Con desfallecimiento, pero serenándose.)
¡Padre!

MUHAM. Oye, ¿te sientes bien?

TAIRA. Sí, si nunca mal estuve. (Sonrisa suave.)
Flotando sobre una nube
he bajado del eden.

(Señalando al cielo como indicando cada una de las cosas que cree ver en su éxtasis.)
Qué luz hay en las alturas,
qué aromas desconocidas,
qué armonías nunca oidas...
tan vagas, ténues y puras...
Dí, padre, ¿qué haces aquí,
(Con terror y ya de pie.)
do todo es opaco y frio?
Llama á mi Omar, padre mio,
(Refugiándose en sus brazos.)
vámonos los tres á allí.
(Por el cielo ya con voz entera.)

MUHAM. Taira, vuelve á la razon.
Mi espíritu fatigado,
mi cuerpo debilitado,
ceden á tanta emocion.

TAIRA. ¿Cómo?

MUHAM. Lo que ayer sufrí
al ver que el pueblo pedía
tu cabeza; la agonía
que hace un instante sentí
creyendo que aquel beleño
ponzoña fuese, me han puesto
fuera de mí.

TAIRA. ¿Conque esto
no es un sueño? ¡No, no es sueño!
¿Dónde? ¡Ah! este sitio umbrío...
esta languidez á modo
de sopor! ¡Lo entiendo todo!
¡Ven, ven! ¡pobre padre mio!

MUHAM. Mi pecho se ha hecho pedazos,
mi sangre he sentido yerta.
(Rebosando alegría.)
¿Pero no te he visto muerta
y no estás viva en mis brazos?

TAIRA. ¡Ah! padre ¡estas dichas puras
que volvemos á gozar,
sólo este las puede dar!
(Besando loca de alegría el crucifijo.)
¡Gloria á Dios en las alturas!

MUHAM. ¡Calla, pudieran oir!... (Aterrado.)

No, no, seguros estamos.
(Al ver que Taira se estremece.)
Mas si á Omar no preparamos...
te cree muerta; va á venir.

TAIRA. ¿Dó está? ¿Á dónde me dirijo?
(Frenética de placer.)
Nuestra dicha no dilates.

MUHAM. ¿Oyes? (Creyendo oir pasos.)

TAIRA. ¡Oh!
(Queriendo salir al encuentro de Omar.)

MUHAM. No me lo mates.
¡No lo mates... que es mi hijo!
(Deteniéndola cariñosamente; pero con sobresalto y ocultándola tras de sí con su manto teniéndola sujeta por un brazo. Viva sensacion en Taira: á los movimientos de esta, contesta el padre con miradas furtivas y palabras por lo bajo sin que lo note Omar, que aparece por la derecha abajo: trae una cajita de joyas: sale con el rostro descompuesto. Quiere hablar y Muhamad lo detiene indicándole que no avance.)

ESCENA VIII.

MUHAMAD, TAIRA, OMAR.

MUHAM. Quieto, quieto, quieto ahí.

OMAR. ¡Muhamad! (Con viva inquietud.)

MUHAM. Escucha.

OMAR. ¡Escuchar?

MUHAM. Oiste á mi *Hafit* contar
una historia del *Mohdí*
Bila, aquel hagid de Hixen
que á Córdoba le quitó?
—Quieto.—¡Dirétela yo!

OMAR. Pero...

MUHAM. Escucha.

OMAR. (Con creciente ansiedad.) Pero...

MUHAM. Ten.

OMAR. Habla.

TAIRA. ¡Padre! (Muy por lo bajo.)

MUHAM. Quieto ahí.

—Oye: al son, lleno de horrores,
de *añafires* y *atambores*
entró en Córdoba el *Mohdí.*
Anasir, hagid privado
de *Hixen*, en el mismo suelo
que trocó su padre en cielo,
fué en una cruz enclavado.
Dominando en todo allí,
por no sé qué extraño hechizo,
con la fuerza hagid se hizo
Abdelgibiar el *Mohdí.*
Mas para aquel que ambiciona
y alta pone la esperanza,
poco vale una privanza
donde existe una corona.

OMAR. ¡Muhamad! (Con la más viva ansiedad.)

MUHAM. Acabo.—Á su rey
el vil hizo envenenar,
y logrando divulgar
que de *Hixen* la última ley
le nombraba sucesor,
como rey se vió aclamado...
Con gran pompa fué enterrado
Hixen.

OMAR. Acaba.

MUHAM. En redor
de su féretro vinieron
todos los jeques á orar
con el pueblo, y enterrar
un millon de ojos le vieron.
Pues bien, cuando el santo encono
hirió del *Mohdí* la sien,
tornó el muerto rey *Hixen*
á sentarse sobre el trono.

OMAR. (Fuera de sí y sin comprender del todo.)
¡Emir!...

MUHAM. ¡De duda estás lleno? (Sonriéndose.)
Voy á disiparla yo.
El esclavo *Hairan* le dió
narcótico por veneno.

OMAR. (Con rapidez y luchando por acabar de comprender.)
Habla.

TAIRA. ¡Ah!

MUHAM. El último grano

(Señalando al reloj y variando de entonacion.)

cayó. Libre puedes ir.

OMAR. ¡Habla! (Frenético.)

MUHAM. ¿Quieres aún morir? (Con calma.)

OMAR. ¡Qué recuerdo! Soy cristiano
y... sí. Venga, venga ya

(Recordando lo que le preocupaba al salir.)

la muerte, que es mi consuelo.

MUHAM. (Con dolor y extrañeza.)

¿Quieres aún morir?

OMAR. Lo anhelo.

MUHAM. ¡Pues muere ahora!

(Descubriendo á Taira y arrojándola en los brazos de Omar.)

OMAR. ¡Ah!!!

TAIRA. ¡Aah!

(Estúdiese este momento por los tres.)

(Despues de una leve pausa en que Omar besa á Taira en la cabeza y se estrechan locos de alegría, y el rey los contempla extasiado, dice á Omar.)

MUHAM. ¡Tu bajel está en el rio; (Rapidez.)
las calles tengo desiertas;
no hay un soldado en las puertas!
¡Huye con ella, hijo mio! (Conmovido.)

TAIRA. ¡Padre!

OMAR. ¡Mi padre!

MUHAM. Corred.
Vuela el tiempo. Un mar de oro
os darán por mi tesoro.
En Búrgos felices sed. (Casi llorando.)

TAIRA. ¿Y tú?

MUHAM. No penseis en mí.
Corre. (Á Omar.)

OMAR. (Bajó, con desesperacion y como recordando de pronto.)

¡Oh! no, yo no puedo.

TAIRA. Tú vendrás. (Á su padre.)

MUHAM. ¡No!

TAIRA. Omar, me quedo.

No quiero dicha sin tí. (Á su padre.)
MUHAM. ¡Taira! (Con terror.)
OMAR. Á mí un santo deber
aquí me tiene clavado.
(Con resignacion.)
MUHAM. Habla. (Con espanto.)
TAIRA. ¡Omar! (Fuera de sí.)
OMAR. Cuando he marchado
tus diamantes á traer,
por esas salas, altivos,
de hachas y lanzas armados,
daban mueras tus soldados
á los cristianos cautivos.
TAIRA. ¡Bien, Omar! Eso es cumplir,
¡premios allá nos esperan!
En donde los nuestros mueran
ambos debemos morir.
¡Que vengan esos soldados
que espanto y matanza quieren,
¡vengan! y verán cuál mueren
dos mártires resignados!
(Religioso entusiasmo.)
¡La fé quiere sangre ya,
semilla que cielos brota!
corra un mar! ¡De cada gota
un cristiano brotará!
MUHAM. Taira, Omar, si os vais de aquí
juro que no morirán.
(Rapidez, por lo bajo y con inquietud.)
¡Soy rey; me obedecerán;
mas si os ven! ¿qué haré? ¡Ay de mí!
(Con terror.)
¡Me arrancarán la corona,
y sin salvarlos á ellos
veré cortar vuestros cuellos!
¿La que tu lengua pregona
fé de dulzura y piedad
no impone como un deber,
al que la sigue, ejercer
con todos la caridad?
TAIRA. ¡Ah!
MUHAM. Mira: si aquí te ven

sabrán que los he engañado;
que la ley he quebrantado,
y me matarán tambien.
—Huid; sus vidas... mi vida...
en vuestras manos está.

TAIRA. Padre, manda. (Rapidez.)

OMAR. (Id.) Manda.

MUHAM. ¡Ah!
(Rápidamente, con fuerza y radiante de alegría.)
Al rio da esta salida.
Pronto...
(Separando los arrayanes que cubren el muro de la izquierda y abriendo una puerta.)

OMAR. (Deteniéndose.) ¿Prometes salvar
de la muerte á mis hermanos?

MUHAM. Libres serán los cristianos.

TAIRA. Y Taira te ha de dejar!

MUHAM. Vamos!
(Acariciándola y como queriéndola persuadir.)

TAIRA. (Llorando.) En vano te afanas.
Grazalema necesita
ser por tu boca bendita,
peinar tus sagradas canas,
hacer flores tus abrojos,
besar tu planta y tu huella,
y si mueres ántes que ella
morir cerrando tus ojos.

MUHAM. Pues bien; cuando de morir
liberte á vuestros hermanos,
á tierra de los cristianos
yo vos prometo de ir
á reunirme con vosotros.
Llévala pronto, hijo mio;
tu galera está en el rio,
tras de esa puerta hay dos potros.
¡Volad!

OMAR. (Rapidísimo.) Tengo en mi bajel
(Taira permanece abismada.)
una paloma adiestrada
á ir de Taira á la morada;
cuando cruce el ave fiel
por cima de esta mansion

no temas riesgos impíos.

MUHAM. ¡Una lágrima, hijos mios, (Los bendice.)
que pague mi bendicion!

TAIRA. (Ahogada por el llanto.)
Padre... yo no puedo hablar.
Cuando estés desconsolado,
no tendrás una hija al lado
que te pueda consolar.
Si pesares te devoran,
hija no habrá que te bese...
¡Toma en cambio un padre! Ese
(Mucha uncion.)
es padre de cuantos lloran.
(Dándole el crucifijo.)

MUHAM. Ven.
(Abriéndole los brazos. Pausa leve. Lloran.)

OMAR. Emir... yo... (Estúdiese esta frase.)
(Abriendo los brazos, corriendo á los del rey.)

OMAR. Ven, hermana..
(Separándole del rey.)

LOS DOS. ¡Ah!
(Taira vuelve desde la puerta y se arroja en brazos de su padre.)

TAIRA. No volverte á mirar!... (Al separarse.)
¡No! Te digo lo que á Omar...
(Como inspirada, con solemnidad y gozo celestial.)
¡Padre mio! hasta mañana!
(Taira parte rápidamente, Omar se detiene algo en el umbral. Muhamad quiere hablar y dar un paso, y no pudiendo, eleva los ojos y manos al cielo, y al verlos desaparecer deja caer la cabeza lánguidamente sobre el pecho sollozando. Leve pausa. Abdala aparece en la grada de la derecha.)

ESCENA ÚLTIMA.

MUHAMAD, ABDALA.

ABD. ¿Emir?

MUHAM. Tente.

(Corriendo á la puerta y cubriéndola con su cuerpo. Márquese bien la transicion de una escena á la otra, y no se olvide que el rey empieza á sentir los síntomas de la muerte.)

ABD. Noble emir,
tu amante pueblo, que entiende
tu mal, vengarte pretende
sacando al punto á morir
á los cautivos.

MUHAM. ¿Mis greyes
piden eso? (Espantado.)

ABD. Á tu mexuar.

MUHAM. ¿Y el mexuar?

ABD. Á consultar
me envía.

MUHAM. (Colérico.) ¿No tienen leyes?
¿Consultó la sin razon
con que mi bien me ha arrancado?
¿Se ha roto el libro sagrado
al romperme el corazon?

ABD. El pueblo con justo encono...

MUHAM. Rasgando mi duro pecho,
caro he comprado el derecho
de sentarme sobre el trono.
Todo el poder ha venido
á juntarse en mi persona.
¡Si el pueblo quiere corona
que sufra lo que he sufrido!

ABD. Señor...

MUHAM. ¡Doy la libertad
á los cautivos!

ABD. ¿Tú?

MUHAM. ¡Sí!
¿Entre ellos no hay un muftí
nazareno?

ABD. (Aterrado.) ¡Sí en verdad!

MUHAM. Que venga. Lo quiero ver.

ABD. Tú á un perro!...

MUHAM. La vida mia
acaba. Al rayar el dia
no tendrás que obedecer.
De Taira me sustentaba;

sólo vivía á su lado.
Con ella me habeis quitado
el aire que respiraba.

ABD. Perdon, Cid, á tí me entrego:
da á tu pecho desahogo.

MUHAM. Como no hay aire, me ahogo,
como no hay luz estoy ciego...
Quieto; nadie llegue ahí
(Al ver que Abdala se dirige al tarbe.)
Es mi alcázar. Solo yo
puedo entrar. Aparta. (Por el sepúlcro.)

ABD. ¡Oh!
Consuélate, vuelve en tí.
¿No eres rey? (Rapidez.)

MUHAM. Rey soy.

ABD. Cumpliste
la ley?

MUHAM. La acaté obediente.

ABD. Pues emir, iergue la frente,
que has hecho lo que debiste.

MUHAM. ¿Lo que debí? Abdalá, mira.
(Sonrisa irónica.)
(Tomándolo por el brazo y bajando la voz.)
¿Ves esta régia diadema
que mi rudas sienes quema?
¿La ves bien? Pues es mentira.
¿Ves esas leyes, sosten
y cimiento del Estado
con que ayer me habeis matado?
Pues son mentira tambien. (Sarcasmo.)
¿Ves vuestro poder, que inspira
espanto?... ¡Mentira!... ¿Ves...
ese pueblo que á mis piés
se humilla? Tambien mentira.
¡Aún más! ¿Tus ojos no ven
ese *tarbe* sacrosanto
que he regado con mi llanto?
Pues es mentira tambien. (Ríe.)
El que por buscar se afana
la verdad aquí... delira. (Sarcasmo.)
¡Oye, Abdala! ¡La mentira
es del mundo soberana!

Quien contra su mente yerra
y busca la que diviso
clara verdad, es preciso
que se salga de la tierra.

(En este momento atraviesa el foro de izquierda á derecha la paloma. Muhamad, que va á continuar, la ve, y loco de alegría dice cambiando de tono con arrebato, y como quien ve la luz por vez primera. Rapidez. Mucko entusiasmo religioso.)

¿Quieres saber la verdad?
la que hizo á Taira decir
«hasta mañana,» al morir?
la que al ver la eternidad
esta noche, una sonrisa,
que en vano el que sufre evoca,
dibujará en esta boca?
¿quieres ver la que divisa
mi mente en la oscuridad,
luz que espanta esa mentira?
¡Quieres mirarla! ¡Pues mira,
esta es la sola verdad!

(Mostrándole la cruz y cayendo de rodillas con ella en la mano, y fijos los ojos en el cielo. Abdala extiende los brazos, y baja la cabeza como confundido. Telon rápido.)

FIN DEL DRAMA.

La historia de España es la de Castilla, la de los reinos cristianos en que estuvo dividida á lo sumo. La mitad por lo ménos de esa sublime epopeya, no nos pertenece, porque nosotros, con esa soberana apatía que nos caracteriza, la hemos echado en olvido.

Un pueblo grande y noble y generoso, un pueblo de una civilizacion magnífica, sabio, artista, poeta y guerrero, dominó durante siete siglos la mayor parte de nuestro territorio, y acá y allá, esparcidas para eterna memoria de su poder y su grandeza, dejó alhambras y mezquitas, y alminares, como el llamado hoy la Giralda, que el tiempo y la desidia española van derribando.

En nuestro idioma se encuentran á millares las palabras del suyo; nuestra literatura está encarnada en la suya; nuestros campos se riegan con los canales que sus hijos fabricaron; oramos en templos que ellos erigieron, aunque para predicar otra fe; esas torres en que ahora resuenan nuestras santas campanas son los alminares en que el almuaden llamaba á los suyos á la azala; muchas de nuestras poblaciones se defienden aún con los muros de que ellos las cercaron, y en nuestras venas hierve su sangre generosa; por último, los árabes no se han ido de España: hemos arrojado el turbante, adoramos al verdadero Dios; pero los árabes, esa raza que nuestra historia nos presenta como enemiga, esa raza maldita y olvidada, es la nuestra; de ella somos nosotros, de ella nuestros padres. Ese rumor que el viento arranca á las palmeras seculares, que esparcidas á la ventura recuerdan el África en nuestros campos de Andalucía y Valencia, es el ¡ay! eterno con que se quejan del olvido de sus hijos nuestros valientes padres del desierto.

Estamos acostumbrados á representarnos á los árabes como un pueblo bárbaro, feroz y sanguinario: de los vándalos no pensamos peor tal vez. Y sin embargo, ese pueblo tenía leyes dulces y benéficas; ese pueblo tenía una civilizacion á la que no faltó más para ser una de las más grandes, que la fe de Jesucristo. Es verdad que por eso mismo abrigaba en el corazon ciertos instintos salvajes; pero la ferocidad de Muhamad Aben-Abed es una excepcion, y para convencerse de ello no

hay más que registrar la historia del califato de Córdoba, donde las ciencias, y las letras y las artes eran lo primero; donde no había monarca ni magnate perfecto si á los dotes de bondad, virtud, valor y sabiduría no unía el de ser poeta. Estúdiese á los nobles Beni-Omeyas, desde el primer Abderraman hasta el mismo Hixen. Tiéndase la vista á los alameríes, medio monarcas, medio ministros; penétrese en el gobierno del buen Jehwar; y veremos á Abderraman siempre perdonando, á Almanzor de vuelta de una batalla sentándose á oir casídas y gacelas en medio de una academia de poetas: al consejo de Estado, representacion de las leyes, dictándolas y haciéndolas obedecer hasta al mismo rey.

Yo, á pesar de que en orígenes me paro poco, no quiero renegar de ese noble orígen: hijo de Andalucía, español como el que más, me enorgullezco al creer que la sangre de aquellos héroes, de aquellos sabios, de aquellos honrados caballeros, circula por nuestras venas.

Grazalema es, pues, un desagravio. Cantor de los poetas, debia emplear mis versos en un pueblo en que se tenía en poco al que no lo era, ó al ménos no amaba la poesía. Este drama histórico y tradicional, no es una improvisacion como suelen ser la mayor parte de los mios, sino el fruto de detenidos estudios y meditaciones. Múhamad, el de la negra traicion, como en su época le llamaron, rey feroz y sanguinario, que tenía su tesoro engarzado en los cráneos de los que él ó su padre habían matado por sus propias manos, murió de pena al dia siguiente de la muerte de su hija Taira. Sedújome ese tigre domado por esa paloma. Uní este asunto á la tradicion de la cristiana Grazalema, hija de un rey moro de Sevilla, á quien su padre hizo pasar por muerta para librarla del suplicio, que debe indudablemente ser la misma Taira, y escribí este drama.—Tal vez á alguno parecerá extraño el poder de la reina de Algarbe: recuerden estos lo que fué en Córdoba Sobehia, y tengan presente que en cuanto es posible en una obra de tan cortas dimensiones, no hay personaje notable, no hay costumbre extraña de los árabes, que yo, despues de estudiarla bien, no haya procurado presentar con toda verdad.

Dicen que he usado muchas palabras árabes: es verdad; pero yo no sé llamar las cosas sino es por el nombre que tienen: tachan de demasiado lírico el estilo: verdad tambien; pero la culpa tienen los orientales y no yo: motéjanme de demasiado cristiano; siempre me motejen por eso.

Por último, si todos estos y otros que no recuerdo son grandes defectos, diré con Calderon:

Suba hoy, y baje ofendido,
en cenizas convertido;
que la pena del bajar
no será parte quitar
la gloria de haber subido.

Yo no creo mi drama bueno ni mucho menos: está plagado de defectos, unos que conozco y no sé evitar, otros que no alcanzo á ver: yo valgo muy poco; no soy de los que se creen grandes hombres. Aun cuando valiera algo, un jóven que en cuatro años y medio que lleva de escribir,—de los cuales dos por lo ménos ha estado enfermo y sin poder trabajar,—ha dado diez y siete obras, todas originales, al teatro, no puede hacer grandes cosas. No es del drama de lo que yo estoy satisfecho, es de su pensamiento; no del cuerpo, sino del alma. Á la civilizacion árabe, á esa civilizacion que me admira y espanta, que parecía ser tan completa, le faltaba sin embargo una cosa, pero tan grande que la hacía flaquear por su base, que la ha aniquilado: la Fe cristiana; la religion del amor y la caridad.

Á LOS DIRECTORES DE ESCENA.

Los trajes de los árabes en esta época son los mismos con corta diferencia que los de los cristianos. La toca, el ceñidor, el turbante, el alquicel y el borceguí son las únicas prendas características.

Procúrese dar á la reina Sensa carácter cómico en las escenas que lo permitan; pero téngase presente que debe ser un personaje lleno de dignidad en ocasiones.

El autor encarga muy especialmente que sin quitar á los versos la entonacion enérgica de que son susceptibles, se digan en general con poca voz.

OBRAS DRAMÁTICAS

DE

DON LUIS DE EGUILAZ.

Verdades amargas.
Alarcon.
Las prohibiciones.
Una broma de Quevedo.
El caballero del milagro.
Mariana la barlú.
Una Vírgen de Murillo (1).
Entre todas las mujeres (1).
La vergonzosa en palacio.
Cuando ahorcaron á Quevedo.
El esclavo.
Una aventura de Tirso.
La vida de Juan soldado.
La Vaquera de la Finojosa.
Lallave de oro.
Grazalema.
El Patriarca del Turia.
Las querellas del rey sabio.
Mentiras dulces.
¡Santiago y á ellos!
El padre de los pobres.
La Payesa de Sarriá.
Los crepúsculos.
La cruz del matrimonio.
Los encantos de Brijan (2).
La mano de Gato (2).
Los soldados de plomo.
Quiero y no puedo.
Un hallazgo literario.
La convalescencia.
Lope de Rueda. (*El batidor de oro.*)
El molinero de Subiza (3).
El salto del pasiego (4).

---

(1) En colaboracion con D. Luis Mariano de Larra.

(2) Las Empresas que deseen representar estas obras de mágia, no impresas, se dirigirán al director de escena de las obras del autor, D. DIEGO LUQUE, Madrid.

(3) Zarzuela con música del maestro Oudrid.

(4) Zarzuela de gran espectáculo, música de D. Manuel Fernandez Caballero.

TÍTULOS.	Actos.	AUTORES.	Prop. que corresponde

ZARZUELAS.

hanteusepar amour....	1	Sres. Paul y Cenrión...	M.
l gran artista....................	1	Cuartero y Ferrer...	L.
eloise et Abelard.................	1	D. H. Litolff..........	M.
a mejor venganza..................	1	Sres. Ruesga, Prieto, y Espino.......	L. y 1/2 M.
a chamor du primtems..............	1	D. Robert Planquette..	M.
a jeunesse de Beranger............	1	Robert Planquette..	M.
a saint Nicolás!..................	1	D. Robert Planquette...	M.
e chevalier Gaston................	1	Sres. Veron y Planquette	L. y M.
es Rendez vous galants............	1	D. Robert Planquette..	M.
emnon.............................	1	C. Grisart..........	M.
aille d'avoine....................	1	Robert Planquette..	M.
'amour et son carquois............	2	Ch. Lecocq.	M.
lorinda...........................	3	J. J. Jimenez Delgado	L.
a Boite de Pandore................	3	H. Litolff..	M.
es noces de Fernande..............	3	Louis Deffes........	M.
es voltigeurs de la 32me...........	3	Sres. Gondinet, Duval y Planquette.......	L. y M.
iniche............................	3	Marius Bouliard....	M.
a fiancée du roi de Garbe.........	4	H. Litolff..........	M.

Por convenio hecho en París el 22 de Setiembre de 1879 con el Agente general de la *Sociedad de Autores, Compositores y Editores de Música* franceses, somos los únicos representantes en España, Portugal y sus colonias, de la citada Sociedad.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

En las librerías de los *Sres. Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, núm. 9; de *D. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo, núm. 2; de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá, núm. 7, y de *D. Manuel Rosado*, Puerta del Sol, núm. 9.

PROVINCIAS Y ULTRAMAR.

En casa de los Corresponsales de esta Galería.

PORTUGAL.

Agencia de *D. Miguel Mora*, Rua do Arsenal, número 94.—Lisboa.

FRANCIA.

Mr. Louis Bathlot, editor de Música, Rue de l'Echiquier, 39, Paris

Librería de *Mr. E. Denné*.—15, Rue Monsigny, Paris.

ALEMANIA.

Dr. Eduard Engel, Rédacteur du «*Magazin für die Literatur des Auslandes*,»—35, Königin Augusta Strasse,—Berlin W.

Mr. Wilhelm Friedrich, editeur, Leipzig.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á los EDITORES, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.